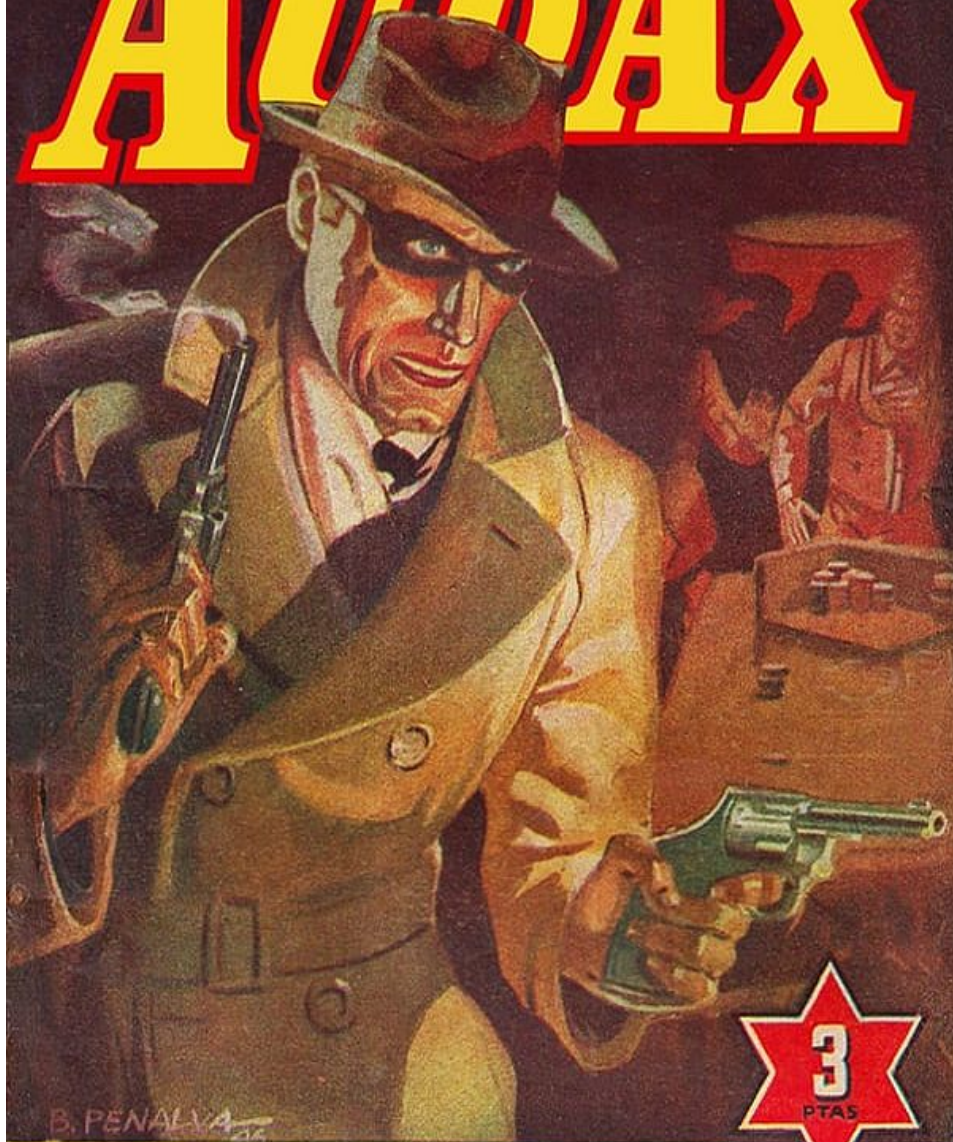


AMAX



B. PENALVA



EL GANGSTER SOLITARIO

Colección corta de Pedro Victor Debrigode, publicada por Bruguera, en el 1946, cuyo personaje principal Lord King, un joven elegante y distinguido, experto coleccionista de antigüedades, con fama de intelectual apocado y poco amante de la violencia, habita en el piso 23 del Cornell Building de Nueva York, junto con su ama de llaves Grumpy y la sobrina de ésta, de figura encantadora y curvas de mareo, «*Baby*» una mecanógrafa secretaria. Nuestro personaje, ladrón de guante blanco, actúa contra el mundo del hampa, bajo el apelativo de «Audax», nombre de guerra adoptado en su primera aventura. Conduce un roadster «Auburn», viste de *smoking* y cubre su rostro con una blanca bufanda de seda y un antifaz y es un maestro en el uso de sus elegantes bastones que maneja como floretes.

La propaganda de la editorial decía: «El hombre de hierro, el incógnito gángster que impone su voluntad en Nueva York y desconcierta a la policía con su audacia inverosímil».

En su primera aventura, «AUDAX», descubre la personalidad de un vengador que asesina a sus víctimas mientras silba la composición fúnebre de Saint-Saens, «La Danza Macabra». Conocido por la policía como «El Silbador», Audrey Rowney, busca a los asesinos de su padre, quienes se apoderaron de sus negocios y su fortuna, dejándoles a su madre y a él, en la indigencia. Consigue su venganza, pero cae en lucha con un agente federal, Fergus Clay, venido de Chicago para detenerle.



P. V. Debrigode

El gangster solitario

Audax - 1

ePub r1.0

Editor 23.01.17

Título original: *El gangster solitario*

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Bosch Penalva

Ilustraciones interiores: Cifré

Personajes: Lord King "Audax", Joan Telma "Baby" (secretaria),
Leatrice Dove "Grumpy" (ama de llaves) y Roy Cadger, investigador
privado.

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



AUDAX



P. V. DEBRIGODE

EDITORIAL

Proyecto, 2 - Tel. 82981



BRUGUERA

BARCELONA (6)



CAPÍTULO PRIMERO

El silbador

Thomas Willing se separó de la mesa-despacho para apreciar mejor la perspectiva de la maqueta que representaba el decorado del último cuadro apoteósico de la gran revista musical de que era empresario. En su garganta repitióse machaconamente el ritmo alegre del fox de «New York Scandals», que tarareó.

Como estaba solo en su despacho, parpadeó asombrado al oír un silbido de ajustada musicalidad que reproducía los melancólicos e impresionantes compases de la conocida composición fúnebre de Saint-Saens, «La Danza Macabra».

Dio media vuelta con rapidez y vio en el umbral del despacho, a un alto individuo cubierto con un abrigo deportivo de tela gris lanuda y un fieltro negro calado hasta los ojos. Era el que ahora silbaba el «presto» de la tétrica música.

Resultaba tan incongruente, a las dos de la madrugada, aquel intruso inmóvil y silbando, que Thomas Willing quedóse unos instantes alorado.

Iba a hablar, ya recuperado el dominio de sus nervios, cuando restallaron sucesivos tres chillidos, que semejaron un acompañamiento agudo de la sinfonía silbada...

Thomas Willing se examinó con incredulidad la pechera de la camisa, donde tres manchas rojizas iban ensanchándose...

Como un pelele roto, sus rodillas parecieron desarticularse y quebrándose, le hicieron caer de bruces, inerte, con blando sonido de saco vacío sobre la lujosa y mullida alfombra.

El intruso enfundó bajo el sobaco la pistola provista de

silenciador. Seguía silbando los últimos compases de «La Danza Macabra».

* * *

El remachador tendió la pinza-cazoleta que sostenía con manoplas de recio cuero protector, e indiferente por la práctica, vio ascender hacia él un pequeño meteoro incandescente arrojado hacia lo alto tras un experto volteo por su ayudante.

Aplicó el trozo de hierro candente a la viga donde estaba montado a horcajadas y remachó concienzudamente.

Púsose en pie al sonar el silbato de la sirena y, equilibrista sin público, fue andando por la viga que estaba a la altura del piso veintidós del edificio en construcción.

Vaciló unos instantes y tuvo que abrir los brazos horizontalmente para recuperar el equilibrio.

—¡Hey! —gritó su ayudante, que sentado en la viga inferior, estaba desenvolviendo el paquete de emparedados—. ¡Que todavía no está montado el ascensor de bajada!

Al llegar junto a su ayudante, el remachador secóse la frente sudorosa con el dorso de su tiznada manopla y resopló intensamente pálido. Bebió un largo sorbo de leche fría y comentó:

—Tampoco necesita ascensor el tipo que acabo de ver tendido sobre una alfombra de las caras y rezumando sangre. Ya pueden prepararle el último *taxi*. ¿Cuál es el teléfono de esos que en las películas se encargan de descubrir al misterioso criminal?

* * *

En el diminuto saloncito cuyas ventanas abríanse a la terraza jardín del ático que ocupaba el último piso de los veintitrés que componían el «Cornell Building», la máquina de escribir repiqueteaba velozmente.

—¡Diablos! —murmuró la mecanógrafa, mientras cambiaba de cuartilla—. El patrón podría variar de disco.

—Para eso es el patrón, «Baby». Para silbar lo que se le antoje —dijo su tía que, sentada frente a ella, corregía con lápiz rojo las

cuartillas mecanografiadas—. Y oye, querida, me appena advertirte que «pinacoteca» no se escribe con dos «T».

—¡Lástima! Porque hacía más bonito así —replicó «Baby», ingenuamente—. Y ¡diablos!, ¿por qué el patrón no se dedica a estudiar cosas más entretenidas que las vidas y milagros de todos los pintamonas?

—Tu léxico es vulgar, si bien te lo perdonan porque tu figura es encantadora, «Baby» —suspiró su tía—. Oigo el repiqueteo del timbre de la puerta. Cumple con tu misión de secretaria.

—El abrir puertas, ofrece, a veces sorpresas —explicó «Baby», mientras se tensaba las medias—. Recuerdo que leí un truco espeluznante de un mozo guapo a quien al abrir la puerta le cayó encima un cadáver y...

—Los cadáveres no hacen repiquetear a los timbres ni se impacientan —dijo su tía calmamente.

—Voy, voy. Tanta prisa y, al fin y al cabo, todos nos hemos de morir —decretó sentenciosamente «Baby» dirigiéndose a la puerta.

Dos individuos miraron en silencio a la muchacha, que parecía arrancada de un cromó de «Cinelandia» eligiéndola entre una de las fotos de falsas ingenuas arrobadoras.

—Buenos días —masculló al fin el más bajo de estatura, cuyo rostro era una fiel reproducción del de un dogo de presa—. ¿Se encuentra en casa el señor Lord King?

—El patrón está en casa. ¿A quién anuncio?

—Usted, ¿quién es? —preguntó bruscamente el mismo que antes había hablado.

«Baby» mantuvo la puerta entrecerrada, pero sonrió candorosamente.

—Y usted ¿quién diablos es? —replicó con amable entonación.

—¡Ted Morris inspector de la Criminal!

—¡Diablos! —musitó «Baby»—. Pasen, hagan el favor. Están en su casa. ¿Y usted, joven? ¿Es el simpático ayudante silencioso que todo lo olfatea?

—Es Fergus Clay —replicó secamente el inspector Morris—. Agente federal de Chicago.

—¡Diablos! Me seduce su estampa: joven animoso, resuelto y callado. Es usted el

«G-Man

» leal que de tú a tú con los pistoleros temibles hace hablar el gatillo y...

—Atranque el gatillo, linda —atajó bruscamente Morris—. A quien queremos oír hablar es al señor Lord King, y no a usted.

—¡Lástima! —Y dando una graciosa vuelta de *vals*, marchóse la preciosa muchacha, desapareciendo en el cuarto vecino al recibidor.

—Esos productos universitarios envenenados de celuloide me exasperan —dijo Ted Morris, examinando el buen gusto reinante en el mobiliario y decorado del recibidor—. Esas mocitas que se creen listas me ponen frenético.

Fergus Clay, alto, flaco y cetrino, presentaba un aire de infinito aburrimiento. Mantenía apretados los delgados labios.

Un individuo de unos treinta años, vistiendo un batín granate y calzando zapatillas de tafilete, entró silbando una melodía. Tenía aspecto de intelectual o artista. Afeitado pulcramente, su cabello negro, rizado, hacía resaltar el contraste límpido de sus ojos azules y risueños.

—Buenos días, caballeros. No recuerdo haberles citado.

—Buenos días, señor Lord King —saludó Ted Morris—. A las dos de esta madrugada han asesinado a Thomas Willing el inquilino del piso inferior al que usted ocupa. Hasta este mediodía no hemos sido advertidos por un remachador que nos telefoneó. En el piso de soltero de Thomas Willing sólo hay como servicio un criado japonés que fue maniatado y amordazado en un santiamén por un desconocido, el cual efectuó esta operación a las dos de la madrugada, aprovechando el sueño del japonés, el cual poco después oía una extraña melodía silbada, y de pronto, tres silbidos más pronunciados...

—¿Sí? —sonrió Lord King—. No soy buen silbador, pero espero que el japonés domine este arte y les haya documentado sobre los matices de la melodía.

—Silbó algo parecido a esto —y sin pudor, avanzando los labios grotescamente, Ted Morris destrozó «La Danza Macabra».

—Tiene usted mal oído, inspector —corrigió Lord King, entornando los ojos—. Óigame.

Fergus Clay tendió el oído, y habló por vez primera, interrumpiendo los trinos de Lord King.

—No arpegie más, señor King. Eso es lo que silbó el asesino; es

lo que silbó también el japonés... y es lo que silbaba usted al entrar aquí.

—Ciertísimo. Desde las dos de la madrugada llevo esta musiquilla impresa en mi masa cerebral. Me gusta el espectáculo de Nueva York reposando por la noche. Mi terraza está cerca del cielo y a esas alturas es placentero oír músicas que no sean los sincopados ritmos negroides que silbaba siempre Thomas Willing, Mentalmente le felicité anoche, cuando, procediendo de su piso, oí silbar música medianamente clásica. Me encantó que el gusto artístico de Thomas Willing mejorase.

—El que chiflaba era el asesino —gruñó Ted Morris—. ¿Era amigo suyo Thomas Willing?

—«Buenos días, buenas tardes, buenas noches». Éstas han sido todas las palabras que hemos cruzado al encontrarnos en el ascensor o en el vestíbulo de entrada.

—¿No oyó tres disparos, señor King?

—No. Creo que de haberlos oído me habrían llamado la atención.

—¿La señorita que abrió, es...?

—«*Baby*», mi secretaria, sobrina de Grumpy, mi ama de llaves. Dormían cuando sucedió «eso» que le interesa a usted. Se acuestan siempre lo más tarde a la una.

—Quiero interrogarlas.

«*Baby*» abrió enormemente los ojos al oírse preguntar.

—¿Que si yo he escuchado esta noche tres disparos? ¡Diablos, no! No quisiera, porque recuerdo que una vez, hace dos años...

—Lo contará mañana. ¿Y usted? —Asestó Morris a la otra muchacha.

Grumpy limitóse a denegar con la cabeza.

—¿Tenía amistad con Thomas Willing?

—Un día me llamó, con todo descaro, «cachito de pastel» y me guiñó un ojo —aclaró ofendida «*Baby*». Pero, como no me gustan los calvos, le recomendé «Trylisin». Y nunca más me habló, porque es lo que yo digo...

Grumpy limitóse a sacudir negativamente la cabeza, y aun seguía hablando «*Baby*» cuando ya estaban en la puerta los dos visitantes.

—Volveré —anunció secamente Morris al salir.

—Ésta es su casa, jefe —bisbiseó «*Baby*», sonriente—. Y si el caballero Clay quiere lecciones de dialéctica, yo...

Cerró, porque estaban ya lejos y se encaró con Lord King.

—Acabo de comprender por qué desde esta mañana, tras desayunar, no hace usted más que silbar esta desesperante musiquilla, patrón.

—No comprendes, «*Baby*». Nunca comprendes el significado de la palabra «discreción» —sonrió risueño Lord King—. Pero lo que sí es cierto, es que tus orejas andan siempre pegadas a las cerraduras.

—¡Diablos! ¿Cuál sería, pues, la utilidad de las cerraduras? Si las hicieron con un agujero es porque...

Pero Lord King había vuelto a entrar en su despacho.

* * *

Fergus Clay era el «hombre de acción» que desde Chicago habían enviado para capturar a «Gorila» Prisco, reclamado por múltiples excesos sangrientos y cuya presencia había sido señalada en Nueva York.

Fergus Clay mataba con indolencia, y había visto caer muertos a muchos compañeros

«G-Men

», sin alterarse.

Pero encogió el cuello entre los hombros deglutiendo con dificultad, cuando en el despacho de Frank Dodge, el comisario jefe, oyó el exabrupto con que el inspector Ted Morris. Arrojando sobre la mesa varios periódicos, saludaba al comisario jefe:

—¡Estoy harto de su ineptitud, comisario! Usted ocupa este sillón para detener al Silbador, y no para percibir un sueldo y gastarlo en pasta de dientes y pomada para el cabello.

Fergus Clay cerró los ojos, para no presenciar, la apoplética expresión verbal con que el comisario iba a refrenar la locura del inspector que se atrevía a rugirle, cambiando las rutinarias costumbres del diario vivir.

Pero, para cerciorarse de que estaba despierto, palpóse los sobacos y las dos culatas le demostraron que era cierto que estaba oyendo al comisario replicar con voz meliflua:

—No se altere, Morris. Si la Prensa proclama la existencia del

Silbador, reconoce, también, que el asesinato de Thomas Willing, es su primera actuación. ¿No pretenderá que yo detuviera al Silbador antes de que apareciera, no?

—¡Es preciso detenerlo antes de que mate por segunda vez! —chilló Ted Morris aceleradamente—. Porque en el asesinato de Willing, hay un reto. Sobre la maqueta del decorado, escrita en rojo había una palabra: «AUDAX».

—Quizás la escribiera Willing con su propia sangre —sugirió Frank Dodge— para indicarnos quién era su asesino...

—¡No sea usted folletinesco! —Gruñó Morris—. Willing quedó seco instantáneamente. Tres disparos con silenciador y con puntería de clásico pistolero. «Audax» es la contraseña del asesino. La escribió con uno de los lápices de labios de la marca «Sam Gold», que formaban parte del fondo decorativo de la maqueta. Ya sabe la idea propagandística. Monumentales lápices de labios para reclamo de Sam Gold.

—¿Y para qué escribiría esta palabra el criminal? —preguntó perplejo Frank Dodge.

—¡Averíguelo! Lo cierto es que no hubo robo. Nadie vio a nadie; nadie da pista de nada... Sólo unos silbidos —y Ted Morris arrugó los labios disponiéndose a silbar.

—Por favor —atajó Dodge suplicante—. No lo silbe, Morris. Ya conozco la danza ésa.

—Para danza la que va usted a bailar si no caza al Silbador, comisario, antes de que repita su crimen. Recuerde que se va a quedar sin pomada, si «Audax» sigue funcionando libremente... ¡Trabaje! —Y Ted Morris levantóse airado pegando un puñetazo en la mesa.

«Ahora, ahora es cuando echará sapos y culebras por la boca ese buen comisario», meditó resignado Fergus Clay.

Pero Frank Dodge replicó con voz meliflua:

—Haremos lo que podamos.

Fuera del despacho, Fergus Clay al dirigirse hacia la escalera, dio un amistoso palmoteo admirativo en el hombro del inspector Morris.

—Es usted un héroe, inspector. Tiene en un puño al comisario. Metido en el bolsillo... ¡Al suelo!

Y Fergus Clay con un manotazo obligó a tenderse boca abajo al

sorprendido inspector.

La ráfaga de una pistola ametralladora desconchó la pared a espaldas de los dos hombres que estaban de bruces, y a media altura saltaron trozos de yeso.

Fergus Clay disparó medio cargador y avanzó a saltos de rodillas, vaciando el resto del cargador, lo que sugirió a Morris la imagen de un kanguro ametrallador.

Poco después, tras la caja del ascensor, Fergus Clay dio vuelta con el pie a un acribillado cadáver.

—Se llamaba Boscoe Parks —comentó con aburrimiento—. Un pistolero de «Gorila» Prisco. «Gorila» está en Nueva York y acaba de darme la bienvenida.

Volvió a palmotear sobre el hombro del aturdido Ted Morris.

—Me maravilla su valor, inspector. Yo no me atrevería a hablarle así a un comisario jefe.

—Es el marido de mi hermana —aclaró bruscamente Morris—. Ella me quiere mucho... y Frank Dodge quiere mucho a mi hermana.

Fergus Clay silbó decepcionado. Un héroe que se esfumaba...

CAPÍTULO II

Proyectiles humanos

En el estadio Columbus, situado siete millas al norte de Nueva York, un numeroso público asistía a las eliminatorias finales para la prueba de campeonato de las carreras de «dirt-track».

La ceniza restallaba en todas direcciones aventada por las ruedas en los veloces virajes de las súper rápidas motocicletas.

Si la Prensa había anunciado esa competición final con el «slogan»: «El suicidio de los suicidas», no había excesiva exageración, ya que en las tres reuniones preliminares de eliminatoria un total de ocho participantes había sido trasladado en ambulancia, y dos de ellos murieron antes de llegar al quirófano.

La elipse de ceniza tenía un ancho de diez metros y en este espacio juntábanse a veces en estrecha competición tres y cuatro motos, según las incidencias de la carrera, y levantaba clamoreo de entusiasmo entre el público la desesperada maestría con que los ases de la ceniza mantenían efectivos codos a codos, entre un petardeo horrrisón y nubes de negruzca suciedad.

En la recta situada ante los palcos de la tribuna, dos motos entrechocaron lateralmente, se separaron, volvieron a trabar rudo contacto al pisar la línea de meta, y saltando de sus sillines proyectados por el último choque, los dos corredores clasificados para la final, dieron unas volteretas por el aire, mientras sus máquinas, revolviéndose sin dueños, se estrellaban contra la barrera protectora.

Las dos máquinas entrelazadas siguieron dando vueltas en el suelo, disparando petardeos continuos y ensordecedores.

Uno de los corredores fue llevado en angarillas, conmocionado. El otro, bajo, rechoncho, se incorporó rechazando a los que querían cogerle en brazos. Palpóse los sitios vulnerables de su anatomía, que no estaban protegidos por almohadillas. Se quitó el casco y las hombreras.

Escupió tras unas muecas de cómica fealdad... y un diente sanguinolento quedó en el suelo. Y entonces, como aliviado, acercóse a la barrera arrastrando la bota izquierda reforzada con triple suela de corcho, acero y caucho, que era la destinada a ayudar en la toma de virajes.

Miró al palco que tenía enfrente, y frunciendo las cejas, volvióse de espaldas y echando hacia atrás la cabeza, sorbió un «Orange».

Sam Gold, el untuoso y paternal monopolizador de la industria de los productos de belleza, era el ocupante del palco que había merecido el despreciativo gesto del corredor.

—Ese proyectil humano es Pat Flagg, el irlandés —explicó Gold a Fergus Clay, que estaba sentado a su lado—. Le he apodado el «Trepidante», porque hasta para dormir creo que emplea un colchón con resortes accionables con palanca. Es el número uno de los posibles asesinos de Thomas Willing.

—¿Razones? —inquirió Clay lacónicamente.

—Con usted a mi lado, me atrevo a insinuárselas al propio sospechoso. ¡Señor Flagg! —llamó Gold.

El corredor interpelado volvióse, limpiándose los labios con una hombrera. Su rostro era una amalgama de tiznones y rasgos duros, donde resaltaban los ojillos grises.

—¿Es a mí? —preguntó hoscamente.

—Tenga la bondad —rogó amablemente Sam Gold.

El irlandés saltó la barrera y resultó prodigiosa la elasticidad de su cuerpo rechoncho. Atravesó el espacio por dónde paseaba el público, que le saludó con joviales interpelaciones. Vino a apoyar sus antebrazos enfundados en cuero sobre el reborde del palco.

—¿Qué quiere, Gold? Le dije hace tiempo que no le cuento entre las personas que considero soportables.

—Vamos, vamos, «Trepidante». No debe hablarme así... después de que Thomas Willing ha sido asesinado.

Fergus Clay sabía cuándo debía entrar en acción y su diestra cogió en el segundo preciso la muñeca del puño que Pat Flagg

dirigía contra la oleaginosa sonrisa de Sam Gold.

—Reserve sus energías para la carrera final, señor —dijo Clay, soltando la muñeca del corredor—. Me llamo Fergus Clay, agente federal. El señor Gold ha contratado particularmente mi protección como escolta, ya que teme un atentado por parte de «Gorila» Frisco, y yo ando a la zaga de ese muchacho.

Pat Flagg sorbióse un hilillo de sangre que brotaba de la encía recientemente vaciada en el brusco contacto de su choque con el otro ganador de la eliminatoria.

—Entre «Gorila» y ése —señaló con el pulgar a Sam Gold—, me quedo con el *gangster*, porque éste, si es un cobarde asesino, al menos no lo disimula. Ahora bien, si la policía se mete a proteger a los cerdos ricachones, me callo, y no he dicho nada.

—Aclare, «Trepidante» —rogó Sam Gold sin desconcertarse.

—Usted ha hecho su fortuna robando vilmente, explotando necesidades hambrientas, mandando gentes a la perdición, negociando con miserias humanas. Eso es peor que el matar pistola en mano. Usted mata con el carnet de cheques. ¿Está inteligible, Sam Gold?

—Mucho —replicó Sam Gold, enrojeciendo—. También yo voy a hablar en plata: ¡Usted mató a Thomas Willing!

Fergus Clay, deliberadamente, no quiso intervenir esta vez cuando Pat Flagg, sirviéndose de su casco como guante de boxeo, asestó en plena boca de Gold un golpe seco y ultraveloz.

—Veré con gusto a ese cerdo en el salón de espera del dentista —dijo Pat Flagg sosteniendo la mirada de Fergus Clay—. Cuando se acusa hay que saber con certeza de lo que se habla. Y yo, si mato algún día... y empezaré quizás por usted, Sam Gold... mataré sin silbar, porque no sé. Le freiré a tiros y puñetazos, sin musiquilla. Y ahora no me vuelva a llamar, porque le contestaré a puntapiés.

El corredor se alejó y saltó la barrera. Sam Gold limpióse con un fino pañuelo de seda los labios cortados.

—¿Por qué no impidió que me pegara, Clay?

—Usted me ha contratado particularmente para que procure impedir que «Gorila» le acribillara. Pero no me paga para que le escuche y proteja en sus acusaciones sin pruebas.

Sam Gold miró con extrañeza a su «body-guard».

—Entonces ¿encuentra bien lo que el «Trepidante» acaba de

hacer? ¿Pegarme después de injuriarme?

—Si me lo pregunta, le diré que sí. La primera vez paré el golpe de Flagg; la segunda lo dejé y hasta le aplaudí interiormente. Si no le gusta mi franqueza, prescinda de mi escolta.

Sam Gold sonrió sin ganas.

—Nunca me acostumbraré a los hombres de acción. Son bruscos y sin suavidad. Pero en fin, esta noche debo pagarle a usted por su escolta de protección contra «Gorila» Prisco. Si acusé al «Trepidante» es porque Thomas Willing instaló lujosamente a una corista que era novia de Pat Flagg, y éste no pudo vencer el poder de «Mister Dolar». Flagg le propinó a mi amigo Willing una paliza bestial, de resultas de la cual Thomas Willing estuvo tres semanas en una clínica.

Fergus Clay sintióse simpatizar con el «Trepidante».

—Pat Flagg salió bastante bien parado —siguió explicando Sam Gold—, ya que sólo estuvo una semana en prisión, debido a que Peter French pagó una crecida fianza. Le llamo el «Indeciso», porque mariposea de oficio en oficio y de afición, en afición. Mírelo; es aquel individuo que ocupa a solas el palco número siete.

—¿Piensa llamarlo y acusarle? Éste no lleva casco.

—No reaccionaría como el «Trepidante», porque es más culto y civilizado. Por tanto, más temible, porque es inteligente. Y sus razones para matar a Willing son dobles. Le debía un montón de dinero que no podía pagar. Es dueño del «Zanzíbar», un buen *cabaret*, que financió Willing, y como me dijo que confiaba en la rectitud y hombría de French, no le exigió recibo ni letras. La muerte de Willing hace a French dueño exclusivo del «Zanzíbar».

En la pista, los pequeños monstruos de acero estaban en fila de ocho, ante el palco de Sam Gold. Iba a darse la salida para la carrera final. Pat Flagg ocupaba el centro.

Iniciaron el arranque a marcha lenta y Bota contra bota. Iban juntos, aumentando progresivamente de velocidad, pero sin despegarse, cumpliendo el reglamento de salida «scratch», en la que se lanzarían ya a competir cuando cruzasen por segunda vez la meta a la uniforme marca de veinte millas.

Y cuando por segunda vez pasaron ante el palco de Sam Gold, lanzáronse los bólidos a todo escape, entre repentinas nubes cenizas. Tres motos chocaron confusamente a la salida del

viraje...

Pat Flagg, cogida su rueda delantera en el surco abierto en la ceniza por otras ruedas, despistóse, saltando al césped. Apoyó furioso su bota izquierda en el suelo de hierba y encabritó la moto, haciéndola rebotar en la ceniza. Salió disparado como un lebre mecánico.

—Por nada del mundo montaría un bicho de éstos —dijo Clay admirativamente—. El «Trepidante» tiene buenos nervios.

Sam Gold había ya presenciado muchas carreras de «dirt-track». Se dedicaba a observar rostros conocidos entre el público de los palcos.

—Ahí tiene el número tres. Mire; aquel atildado caballero de ojos azules y rostro de artista. Es Lord King, el *diletante*.

—¿Un lord inglés?

—No; Lord es su nombre propio, tan propio como Sam o Fergus. Es un muchacho rico, ocioso, una gran autoridad en antigüedades. Vive en el piso ático de las «Cornell Mansions», encima mismo de donde fue asesinado Willing.

—Gravísima prueba de culpabilidad —rebatía Clay irónicamente—. Escuche, señor Gold. Primero, me afirmó usted que «Gorila» Frisco podía muy bien haber liquidado a Willing...

—No. He reflexionado. «Gorila» mata a lo prehistórico. Es el Pitecántropo redivivo. No se entretendría en silbar ni en escribir con uno de mis lápices de labios la palabra «Audax», que no sé qué significado tiene con relación a Willing.

—También yo, si fuera como usted aficionado a cábalas sin fundamento sólido, diría señor Gold, que usted, para propaganda de sus productos... ¡Bah! Prefiero no seguirle en sus aficiones de detective.

Un individuo alto y flaco, con gafas de montura de oro, pasó por el espacio entre la barrera y los palcos, en el paseo destinado al público que no podía sufragar el alto precio de las localidades de tribuna.

—¡Hola, Smith! —llamó Gold. Y explicó a su acompañante—: Es John Smith; el clarinete-jazz de la orquesta del «Zanzíbar». Inteligente.

—¿El número cuatro?

—¡Oh, no! —Y Sam Gold rió sinceramente—. ¡Absurdo!

—Los absurdos son los peligrosos: Ley policíaca.

Aun reía Gold cuando John Smith se detuvo ante el palco.

—¿Sabe de qué me estoy riendo, Smith? Me lo figuraba como posible «Silbador». ¿Cabe algo más absurdo que el que usted sea ese *gangster* misterioso y solitario?

John Smith acompañó en sus carcajadas a Sam Gold. Quitóse los lentes, que limpió cuidadosamente, y dijo serio de pronto:

—¿Por qué no, señor Gold? Silbo muy bien y tengo un índice que sirve para apretar por tres veces un gatillo.

Ahora fueron estrepitosas las risas de Gold, y John Smith le hizo coro.

—Es usted un excelente clarinete, Smith —dijo Gold—. El «Melódico» no irá a la silla eléctrica por el asesinato de Willing. ¡Ojalá estuviera tan seguro de otras personas como de usted, «Melódico»! Recuerde el advertirme cuando Peter French se entrevistó con Tina. Dicen que Tina está en Nueva York.

—Lo haré sin falta. Hasta la vista, señor Gold.

En la pista, Pat Flagg acababa de separar de un puntapié la cilindrada de un rival, que estaba peligrosamente pegada a la suya. Iban lanzados a relampagueante velocidad... Faltaban cuatro vueltas para terminar...

—Tina Corsi es la novia de «Gorila» —explicó Sam Gold—. Donde ella anda, ronda «Gorila». Y Tina fue novia de Peter French hace tiempo. ¿No me escucha, Clay?

—No. No tengo nada de investigador. Soy el hombre al que usted esta noche dará unos dolares semanales por evitar que «Gorila» le taladre la piel.

Fergus Clay admiró el viraje que Pat Flagg acababa de tomar en posición tan inverosímil que su codo izquierdo daba la impresión de estrellarse y romperse contra la pista, Y en la recta enderezaba tan brutalmente su máquina rodante, después de saltar sobre el sillín como un mono epiléptico, qué Fergus Clay sintió que aumentaba su simpatía por el corredor bien calificado de «Trepidante».



—¿Encuentra bien lo que el "Trepidante" acaba de hacer?

—Esta noche, en una de las salas íntimas del «Zanzíbar», pienso invitar a cenar a Ted Morris para que interrogue a los sospechosos, a los que invitaré también. Necesito que el «Silbador» vaya pronto a la silla eléctrica. He desencadenado una campaña de prensa que me cuesta un dineral, pero el «Silbador» ha de caer preso. Yo fui gran amigo de William.

—Usted y Morris parecen tomarse muy a pecho la muerte de un simple ciudadano asesinado por un *gangster* solitario —comentó Clay con indiferencia.

Miraba con atención las incidencias de la carrera. Pat Flagg iba en cabeza, pero acababa de ser rebasado por otros dos bólidos. Sam Gold examinó de soslayo al federal...

Pat Flagg convirtió en petardeante saeta su huracán de acero y ruedas. El *as* de los suicidas colóse como una exhalación por entre las dos máquinas que iban en los primeros lugares...

Un grito de enardecida expectación levantó en vilo al público al ver que las tres máquinas juntas entraban en la recta final. Las dos que emparedaban en un muro de acero la moto montada por el «Trepidante» fueron cerrándose...

Pat Flagg tenía el casco apoyado sobre el manillar y sus codos semejaban dos aletas. La rueda delantera de su moto pareció querer remontarse por los aires cuando con recia sacudida del manillar, el «Trepidante» obligó a separarse opuestamente y en diagonal a los dos bólidos que iban a destrozarle entre ellos...

La raya de la meta fue cruzada a ciento veinte millas por Pat Flagg en primer lugar. Cuando alrededor del cuello del irlandés flotaba la banda carmesí del campeonato ganado y el flamante campeón sonreía a los fotógrafos con rostro negro de ceniza en el que el sudor trazaba surcos grotescos, Fergus Clay aplaudió.

—No soy muy propenso a entusiasmarme —se excusó ante Gold—. Pero esos tipos así, que se juegan la vida por deporte, me admiran.

—Cobran y además —alabó Gold—. Usted tiene muchos huesos en esquirlos de los balazos que...

—Yo tengo que comer —dijo lacónicamente Clay—. Pero preferiría morirme de hambre a montar un bicho de esos. ¡Ah!, y hablando de bichos, señor Gold: ha citado usted a tres presuntos «Silbadores»: primero al «Trepidante», después al «Indeciso» y por último, al *diletante*. Pero olvidó citar a uno.

—¿Quién?

—Usted mismo.

Sam Gold rió hasta que le saltaron lágrimas de los grasientos párpados. Miró con malevolencia al

«G-Man

».

—¿Yo, matar a Willing, mi amigo más íntimo? ¿Por qué?

—No lo sé, ni me interesa. Le he dicho eso para advertirle de que es estúpido acusar sin pruebas. Ya usted a pagarme para protegerle del «Gorila», pero no quiero que confunda mi compañía con la de un policía que refuerce sus palabras.

Sam Gold púsose en pie sin decir nada y al salir del palco, tendió la mano a Lord King, que descendía por la misma escalera.

—Buenos días, señor King —y con rápida ojeada dióse cuenta Gold de que Fergus Clay estaba alejado—. Me conforta verle, porque es usted un *diletante* culto y de mi categoría. ¿Vio cómo me agredía el «Trepidante»? La prensa lo citará y me congratulo de ello. Odio la brutalidad.

—Y yo también, señor Gold —sonrió Lord King—. Quizás por eso coincidamos usted y yo en las carreras, los combates de boxeo y de lucha libre y demás exhibiciones de viril arrojo. Para fortalecerme más en la idea arraigada de que el cultivo del músculo atrofia la inteligencia. Recuerdo la célebre frase del ateniense que...

* * *

Pat Flagg dirigíase a los vestuarios, pero al ver a Fergus Clay se detuvo y ondeó la mano, acercándose luego al «G-Man».

—Oiga, amigo. Me he enterado de que es usted el número uno de los pistoleros al servicio de la ley. ¿Por qué está protegiendo al cerdo de Gold? Déjelo y venga a tomarse unas copas conmigo. ¿No busca usted a «Gorila»? Yo le llevaré por donde podamos encontrarle. Deje a Gold; es el peor de los canallas, porque se encubre bajo la sonrisa y el *frac*.

—Le di escolta porque me garantizó que «Gorila» quería matarle por asuntos antiguos.

—¿«Gorila», matarle a él? No lo crea. En todo Nueva York sólo hay dos personas a quienes «Gorila» quiere matar: una es Peter French y la otra es usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque soy muy amigo de Peter French. Le garantizo que concurriendo al «Zanzíbar», que es el *cabaret* de French, ya aparecerá «Gorila».

—Bien. Vamos a tomar esas copas al «Zanzíbar» —aprobó Clay.

—Dos segundos. Cambio de ropa y saco la moto...

—¿También anda en moto por la calle? —inquirió recelosamente Clay.

—Es otra, y no voy a ciento veinte. No me dejan.

—Lo celebro —asintió Clay, y mientras el irlandés iba a vestirse, Fergus Clay acercóse al grupo formado por Sam Gold y Lord King—. No sigo con usted, Gold. Búsquese otra «escolta».

—Pero ¿por qué, hombre de Dios? Le aumento...

—No es por dinero. Es por antipatía. No le digiero, señor Gold. Yo, si acuso a un hombre, no le doy palmaditas y sonrisas como las

que prodiga Usted a este caballero después de...

—Tuve el honor de recibir su visita, señor Clay —intervino Lord King, quitándose el sombrero gris, de copa.

Fergus Clay tocóse el borde de su fieltro.

—Le recuerdo muy bien, señor King. Un aviso; no cambie de piso, porque si por las cercanías matan a alguien, su amigo Gold sugerirá que fue usted quien mató. Adiós, señor King.

El

«G-Man

» alejóse a largas zancadas. Sam Gold sonrió untuoso y paternal, y Lord King, con risueña expresión, le tendió su pitillera abierta.

—Uno de los defectos de los hombres de acción, señor Gold, es que suelen carecer del sentido artístico del humorismo.

—Exacto, exacto —aprobó Gold, calurosamente—. Figúrese que me permití bromear a su cuenta, señor King, y ese ineducado pistolero legal lo tomó en serio... ¿Querrá usted cenar conmigo esta noche, señor King?

—Siempre encantado. ¿A qué hora?

—A la salida de los espectáculos. En el «Zanzíbar». He invitado también al inspector Ted Morris.

—Me será grato conversar con un científico de la investigación y el Mecenaz magnate que es usted, señor Gold. Hasta la noche.

* * *

Fergus Clay calóse el fieltro hasta las orejas mientras montaba al sillín trasero de la reluciente moto de Pat Flagg.

El irlandés balanceóse sobre el pedal de arranque y partió del estadio Columbus a pequeña velocidad, tomando la carretera, que distaba siete millas de Nueva York.

Tranquilizóse Clay al comprobar que el «Trepidante» conducía a un ritmo moderado.

La carretera formaba a medio camino un cruce con la que conducía de Philadelphia a la frontera canadiense. En el cruce estaba parado un coche cerrado con el motor roncando suavemente.

De pronto, el irlandés pegó un manotazo al manillar y la moto marcó tres «eses» pronunciadas, mientras su tubo de escape arrojaba estrepitosas protestas.

—Se acabó la carrera, campeón —gruñó Clay.

—¡Empieza! —rugió el «Trepidante», y su bólido de paseo aumentó en velocidad de forma alarmante.

Fergus Clay cogióse frenéticamente al sillín con las dos manos. Su fieltro encasquetado tomó contacto con el revuelto cabello del irlandés, que mantenía pegada la frente al centro del manillar.

—¡Última vez que me pillas en esa broma! —gritó Clay para lograr hacerse oír—. Última vez que monto en este bicho loco, conducido por otro loco.

—Déme gracias —gritó el irlandés.

Y aceleró de tal forma su bólido, que Fergus Clay prefirió guardar sus comentarios para más tarde, si seguía con vida. Estipulaba que la mandíbula del «Trepidante» sería el primer lugar donde conectaría el codo izquierdo, para después doblar en derecho al estómago.

La moto dio un viraje escalofriante, colándose como un relámpago por un sendero estrechísimo, donde baqueteó, saltando, saltando... hasta que con un estertor de petardeo apagado, se detuvo en seco.

Zumbándole los oídos, Fergus Clay se apeó, quitóse el fieltro como si se despellejara el cráneo y arrojó el sombrero al suelo.

—Póngase en guardia, «Trepidante». Acaba de darme una paliza, me duelen las posaderas y tengo el corazón a flor de boca. Pero ahora quiero machacarles los sesos de loco que...

—¡Ingrato! —rió el irlandés—. Mire —y quitándose el guante de cuero rasgado que cubría su mano diestra, le mostró un refilón sangriento—. Una de las balas que salió del coche parado en el cruce; era ocasión bien elegida. Con el ruido del tubo de escape... Por eso zigzagueé; por eso di todo el manillar y por eso he entrado aquí, porque ya hemos despistado a «Gorila» Frisco...

—¡Maldito sea! —Gruñó Clay por todo agradecimiento—. ¿Por qué no me tiró usted a la cuneta antes de acelerar? Yo habría acribillado los cauchos del armatoste de «Gorila».

—Desde la moto perdía usted, compadre. Estaba en desventaja. Fue preferible lo que hice; a la que vi el primer resplandor del fogonazo, apreté y la cosa quedó en nada. Mi «burra» gana a todos los artefactos de cuatro ruedas. Vamos a tomarnos las copas.

—Aguarde a que se me enfríen los fondillos del pantalón. ¿Cómo

sabe usted que era «Gorila» Prisco?

—Al volante estaba Tina. La reconocí enseguida. Fue novia de Peter French, y yo salía con ellos. Y vi de reojo a los hombros de «Gorila». Son especiales; tienen forma de botellas y por eso sus manos le llegan casi a las rodillas. ¿Cómo pudo Tina enamorarse de ese... ese animal prehistórico? En fin, móntese en el sillín. Iremos por la otra carretera.

—Escuche, Pat Flagg. Si pasa de las treinta millas, le juro que vamos a terminar mal.

—¿Y si se presenta de nuevo su amigo Prisco?

—Déme un taconazo y tíreme al asfalto.

El «Trepidante» rió y, al cabalgar la moto, dijo complacido:

—Usted y «Gorila» Prisco me van a proporcionar emociones.

Llegaron sin incidentes hasta el umbral del «Zanzíbar», donde se agrupaban en su parque multitud de coches. Por la abierta puerta salían los compases de un buen conjunto musical.

Era el famoso «Siete a Nueve» de la orquesta John Smith, el «Melódico».

CAPÍTULO III

Una visita indeseable

«*Baby*» seguía atentamente la voz del «*speaker*», que relataba gráficamente las incidencias de las carreras de «*dirt-track*».

Sentada junto a ella, en el recibidor, confortablemente instalada en el diván, Grumpy hojeaba su revista humorística predilecta, y de vez en cuando su mano se perdía en las profundidades de una gran caja de chocolates.

—Ha ganado un tal Pat Flagg —dijo «*Baby*» cerrando la radio—. Pero es lo que yo digo; el patrón podía haberme llevado a verlo con mis ojitos. ¡Diablo! Me puse guapa para hacerle honor, creyendo que me llevaría al Estadio, y me dice: «Tú eres una buena chica, bebé, Oirás las carreras por radio. No quiero que ahora te vean conmigo, porque tienes que fascinar a varios caballeros que te indicaré». Como si lo viera —suspiró «*Baby*»— algunos poseedores de estampas de ésas tan viejas y mal pintadas, que...

Pero su tía no la escuchaba y durante media hora «*Baby*» fumó cinco cigarrillos, devorando ávidamente la última novela de Bram Stoker: «*Los vampiros*».

Se sobresaltó cuando en la cerradura rechinó un llavín.

—¡Diablos! Me cazó usted, patrón —exclamó al entrar Lord King—. Estaba pensando en el nuevo Drácula, que...

Lord King quitóse cortésmente su sombrero de copa y tendió un paquete a Grumpy.

—Bombones para ti y «*Chelseas*» para «*Baby*». Deseo que no os hayáis aburrido demasiado. Te recomiendo, «*Baby*», que vayas al «*Siete a Nueve*» del Zanzíbar. Hay allí varios personajes interesantes

con los que te ruego que fraternices. Cuando quieres demostrar que eres la más deliciosa de las cautivadoras, nadie puede resistirte.

—Usted —dijo «Baby», candorosamente.

Rieron los tres, y Lord King palmoteó la mejilla de la ingenua.

—Te aprecio demasiado, «Baby», para exponerte al peligro de que seas mi aburrida esposa.

—Gracias, patrón. Aunque no lo entienda completamente, debe de ser halagador eso que acaba de decirme. ¿Quiénes son los poseedores de trastos viejos a quienes le interesa que saque yo del «Zanzíbar»?

—El mismo dueño es un caballero interesante. Se llama Peter French. Hay otro también interesante, llamado Pat Flagg...

—¡Diablos! El campeón de hoy... ¡Con lo que me gustan los hombres que no son como usted, patrón! No me mire así, tía. Quiero decir que me perezco por los intrépidos que...

—El otro con el que has de hacer amistad, «Baby», es John Smith, el clarinete director de su orquesta. Ahí tienes instrucciones escritas, las que quemarás una vez leídas y sabidas.

—¡Oh, qué interesante! —Aplaudió, gozosa, «Baby»—. Igual que el capítulo en que Perry Masón le dice a Stella que...

A solas con su sobrina, Grumpy refunfuñó:

—Hay momentos, querida, en que si yo fuera el patrón te convertiría en la más intrépida de las mujeres, porque saldrías volando por la terraza.

—Pero el patrón es él y es exactamente como esos caballeros del siglo de María Antonieta.

«Baby» leyó lo escrito por King y prendió fuego al papel con su mechero.

—«O. K.». A veces creo que le hago gracia al patrón, y no sé la causa, porque es lo que yo digo, si... ¡Vaya, el timbre!

Dirigióse a la puerta, abrió... y una mano velluda aplicóse sobre su rostro y empujó brutalmente con tanta fuerza que «Baby», retrocediendo, perdido el equilibrio, cruzó hacia atrás el espacio que la separaba del diván, donde cayó sentada junto a Grumpy.

Un individuo, en cuyo rostro simiesco plasmábase la más profunda de las degeneraciones raciales, personificando la facies achatada del primer poblador de la Tierra, entró con la diestra en el bolsillo.

Una mujer de estatuaría belleza cerró la puerta tras él, y pistola en mano, apuntó a las dos alarmadas mujeres.

El que había empujado a «Baby» masculló con huraña dureza:

—Ásalas si mueven una pestaña, Tina.

Grumpy tenía en la boca uno de los exquisitos bombones traídos por Lord King. Sin embargo, se le antojó que entre sus dientes soportaba un adoquín.

—¿Dónde se ha metido el dueño? —preguntó «Gorila» Frisco.

«Baby» contemplaba, fascinada de terror, los largos brazos del pistolero de Chicago.

—¿El pa... patrón? —balbuceó con un hilillo de voz.

—¡Lámalo! —ordenó «Gorila» Prisco imperiosamente.

—¡Pa... trón! —Trinó «Baby». La primera sílaba fue un ronco burbujeo, y la segunda un chillido agudo.

Lord King, en batín y zapatillas, entró en el recibidor, procedente de sus habitaciones. Sonriendo con amabilidad, miró la pistola empuñada por Tina Corsi. «Gorila» Frisco avanzó un paso.

—¡Ásalo si mueve una pestaña, Tina! —advirtió—. ¡Usted! ¡Acérquese!

Lord King ostentaba en el rostro la cortés expresión de una sorpresa puramente social: sin excesiva exteriorización.

—No entiendo, señor...

—¡Cállese! —rezongó Prisco, y quiso obligar con un empujón a Lord King a dirigirse al teléfono.

Quedó desconcertado al ver que, sin esfuerzo aparente, aquel atildado individuo no había tan siquiera vacilado y seguía en el mismo sitio, pese al rudo empujón.

Sin embargo, no había ofrecido resistencia visible y sonreía con cortés expresión de disculpa. El puño izquierdo de Frisco elevóse rápida y traidoramente buscando la mandíbula... que no encontró.

—No entiendo, señor —repitió amablemente Lord King, retrocediendo, dos pasos—. He esquivado su hermoso «uppercut», porque seguramente me habría dolido. ¿Qué quiere usted de mí?

«Gorila» Frisco señaló, perplejo, el teléfono.

—¡Coge el teléfono y no rechistes, o te aso a plomo! Comunica con el «Zanzíbar» y que se ponga Fergus Clay al aparato, de tu parte. Mucho cuidado con lo que haces y dices.

Lord King marcó dócilmente unos números en el disco. Preguntó

si era el «Zanzíbar» y rogó que de parte de Lord King, tuvieran la bondad de notificarle que quería hablarle con urgencia.

Tina Corsi seguía apuntando a las dos mujeres, que cumplían a rajatabla la «insinuación» de «Gorila» Frisco: no pestañeaban.

«Gorila» Frisco, con la diestra en el bolsillo de su ceñida americana, se colocó a espaldas de Lord King y resopló junto a su nuca:

—Cuando el federal se ponga al auricular, dile que venga aquí. Que vas a comunicarle algo importantísimo, relacionado con el «Silbador», y que se lo vas a contar privadamente. Si dices otra cosa extraña, te aso.

—¿Diga? Sí..., yo soy Lord King —contestó al aparato, cuya boquilla había mantenido tapada hasta entonces—. Le saludo, señor Clay. Perdone la molestia; acabo de recordar que podría suministrarle un buen informe relacionado con el «Silbador»... ¿Cómo? ¿Que no le interesa?

«Gorila» Frisco apoyó con fuerza su bolsillo contra la espalda del batín.

—Excúseme si insisto, señor Clay. Le doy mi palabra de que me interesa urgentemente que venga aquí a verme. Muchas gracias; le quedo reconocidísimo eternamente.

Lord King colgó, mientras «Baby» emitía un suspiro en que se mezclaban por dosis iguales el desprecio y el alivio.

—¡Siéntese entre las dos mozas! —ordenó Frisco, indicando el diván—. Y como muevas una pestaña...

—... te aso —completó «Baby», irreflexivamente—. ¡Diablos! —exclamó apurada—. Perdón, señor...

«Gorila» Frisco avanzó el brazo y propinó un bofetón a la parlanchina, que cayó ladeada contra Grumpy, la cual la enlazó por los hombros.

—¡Es usted una bestia!... —gritó Grumpy—. ¡Pegar así a una pobre tontuela qu...!

—¡Calla o te sacudo, también! —rugió el *gangster*.

Lord King sentóse junto a las dos mujeres. Pulíase las uñas contra el reverso de su solapa, tranquilamente. Sólo su cutis ostentaba una mayor palidez.

«Gorila» Frisco cogió una silla y sentóse frente a los tres ocupantes del diván. «Baby» lloraba en silencio, oculto su rostro en

el seno de su tía.

Tina Corsi extrajo del bolsillo de su chaqueta-sastre un cigarrillo. Lord King introdujo una mano en el bolsillo de su batín...

—¡Quieto! —gritó «Gorila» Frisco, y su diestra apareció empuñando una pistola.

Lord King sacó la mano y presionó el botón de un encendedor de oro cuya llama tendió a Tina. Ella inclinóse, prendió el cigarrillo y sopló la llama.

—No te inquietes por ese caballerete, Joe —dijo al *gangster*, colocándose sentada en el borde de su silla—. Es de los galanes que se preocupa de su físico. ¿No viste? Da fuego a una como yo... y deja que peguen a una de su clase.

—Hay galanterías obligadas y permitidas, señorita —dijo risueño Lord King—. El caballero, su amigo, me advirtió claramente que yo no hiciera nada que le disgustara. Yo a usted he podido darle fuego, pero no pude evitar que a mi secretaria...

—¡Cierra el pico! —atajó «Gorila» Prisco—. Cuando toquen el timbre, tú irás a abrir.

—Como usted guste —aprobo Lord King—. ¿Puedo pedirle un favor?

La respuesta del *gangster* fue un gruñido inteligible.

—Las dos señoritas que me honran sirviéndome de ama de llave y secretaria respectivamente, no tienen, como la señorita que le acompaña, costumbre de andar en trances de este cariz, algo anómalo. Nada hacen aquí ni para nada le sirven; ¿no podrían pasar al salón contiguo y...?

—Y avisar a Fergus Clay, ¿no? —Y Frisco lanzó un zarpazo destinado al cuello de Lord King.

De nuevo, sin aparente esfuerzo, ladeándose estrictamente la preciso, el *diletante* esquivó el golpe. «Gorila» Frisco frunció las peludas cejas.

—Nadie se mueve de aquí —gruñó—. Ellas se quedarán, y tú no me hables ni luzcas tus esquivas, porque te aso.

Lord King cruzó las piernas y, mirando al techo, silbó suavemente la «Danza Macabra». Tina Corsi se envaró.

—¡Oiga! ¿Por qué silba usted esa música?

—Perdón —excusóse Lord King mirándola—. Ignoraba que a usted le molestase la música. Comprendo que es algo incorrecto

silbar...

—No se haga el tonto. Ésta es la música que los periódicos dicen que silbaba el que mató a Willing, ¿sabes, Joe?

«Gorila Frisco» se puso en pie, mirando con repentina ansiedad amenazadora a Lord King.

—Es cierto que mataron a Willing en el piso de debajo de éste —empezó a decir el *gangster*, con la mano crispada alrededor de la culata oculta en su bolsillo—. Tengo que saber quién es el «Silbador». Te voy a freír, Lord King, si no me dices quién mató a Thomas Willing. ¡Dos segundos te doy!

—¡Cuidado! —advirtió Tina Corsi—. Acaba de detenerse el ascensor...

«Gorila» Frisco sacó su pistola y señaló a Lord King la puerta, en silencio. Sus ojillos relucían parduzcos y hundidos.

—Deja que las chicas se parapeten tras el diván —susurró Tina.

Y la italiana señaló a las dos asustadas el respaldo del sofá muelle y espeso de armadura acolchada. Ambas se precipitaron tras aquella protección inesperada que les ofrecía la *gangsterina*.

Lord King siguió avanzando hacia la puerta, y a cada lado de las jambas, ocultos por los testers, quedaron colocados «Gorila» Frisco y su amante.

Volvió a sonar impacientemente el timbre...

Abrió Lord King, y cuatro policías de uniforme, cuadrados marcialmente, saludaron llevándose las diestras a la visera.

—Buenas tardes, señor King —habló el sargento de la patrulla—. Venimos del piso de abajo. Nos íbamos porque ya vino el relevo, pero el telefonista policial de guardia en el edificio, nos dijo que usted había llamado a Fergus Clay, el federal. Deseamos verle.

—No ha llegado todavía, señores —dijo Lord King amablemente.

—¡Ah, bien! Perdone, entonces. Tendremos que aguardarle en el pasillo, porque el inspector Ted Morris telefoneó al piso del difunto señor Willing, ordenándome que al relevar me pusiera en contacto con Fergus Clay. Si no manda nada, aguardaremos al señor Clay en el pasillo.

—Gracias, sargento. Buenas tardes, señores.

Cerró de nuevo Lord King y «Gorila» Frisco secóse la frente con la manga del brazo que empuñaba la pistola. Empujó rudamente a Lord King con el cañón.

—Amordázalo y átaló, Tina. Y no te muevas ¡porque te aso!

Lord King fue prestamente amordazado por la experta italiana y maniatado tras las espaldas con tiras de un cortinaje.

—Ahora a las dos mozas —ordenó el *gangster*.

Terminada la operación, «Gorila» Frisco gruñó:

—Así no chillarán éstos. Larguémonos por la escalera de incendios, Tina. Quedarnos aquí, ya no sirve de nada, por ese estúpido de Ted Morris y sus polizontes.

Los ojazos azules de «*Baby*» miraban con resentimiento a Lord King, tendido entre ellas dos.

«Gorila» Frisco y Tina Corsi desaparecieron por la terraza. A los dos minutos, Lord King retorcióse y dando vueltas sobre la alfombra llegó hasta el borde inferior de la mesita de acero tubular que soportaba un cenicero tallado y montado al aire.

Sentóse y, apoyando la espalda contra el mueble, fue rozando sus muñecas atadas contra el borde del cenicero.

Liberadas sus manos, quitóse la mordaza y procedió con calma a desatar a Grumpy.

—¡Avisa a la patrulla, señor! —apremió Grumpy tan pronto como vióse libre de la mordaza.

—No, Grumpy. «Gorila» va con una mujer y la matarían. Vosotras seguís vivas. Desata a tu sobrina, y que no grite ni diga nada de la visita del pistolero. Lamento lo del bofetón, pero no pude evitarlo.

Lord King se inclinó y acarició los rubios cabellos de la secretaria.

—Recuerda, bebé, que las personas silenciosas a su debido tiempo no reciben nunca desengaños.

«*Baby*», en pie y frotándose las muñecas, miró colérica la puerta por la que había desaparecido Lord King.

—¡Diablos! ¿Moralejas después del tortazo? Lo que yo digo...

—Te lo callas ahora —reprendió Grumpy—. El patrón no podía hacer otra cosa. Si se sube a la parra al estilo de tus personajes de novela, en la lucha...

—Ya sé. «Gorila» nos asa. Pero ¡habría sido un sueño tan bonito! Figúrate al patrón diciendo mientras me enlazase por la cintura, colocándose frente a mí: «Antes pasarás por encima de mi cadáver, vil canalla, que rozar siquiera el cutis de esa dama con...». ¡Lástima!

El timbre repiqueteó en tres timbrazos agudos.

—¡Rediablós! —musitó «*Baby*» colocándose detrás de su tía—. Tócan el timbre, Grumpy. No abras. Mejor dicho, abre tú.

—Es tu misión, querida. No obraría así la heroína de tus novelas. Recuerda, además, que hay cuatro policías en el corredor.

—Es verdad. A veces soy infantilmente prudente.

Pero, sin embargo, abrió cautelosamente, milímetro a milímetro.

Vio a Fergus Clay y a otro individuo rechoncho y de baja estatura.

—Buenas tardes. El señor King me llamó por teléfono. Quiere comunicarme algo interesante y urgente.

—¡Oh, diablos! Ya pasó la urgencia y el interés, pero...

—Entren, señores... —invitó Lord King—. Lamento haberle molestado señor Clay. Recordé de pronto que el «Silbador» tenía que ser necesariamente un amigo de Thomas Willing, o, al menos, que estar bastante en contacto con él, porque entró en el piso la noche del crimen con un llavín falso, sin forzar la puerta. Por tanto, tuvo que tomar una impresión en cera del llavín del propietario.

Fergus Clay alzó los hombros contrariado, pero ante aquel hombre cortés, refrenó la interjección que le subía a la garganta.

—Eso ya lo dedujo la policía investigadora. Yo no lo soy, señor King. Por eso mismo no inquiero cómo sabía usted donde me hallaba yo.

—Telefonéé a todos los lugares donde puede pasarse amablemente un par de horas.

—¡Ya! Bien, señor King, yo no soy un investigador. A mí sólo me interesa «Gorila» Frisco; a eso vine a Nueva York. Pat Flagg me acompañó a pequeña velocidad hasta aquí en su moto desde el «Zanzíbar».

—¿«Zanzíbar»? ¡Oh, lástima! —exclamó «*Baby*»—. Si yo hubiese estado allí, habría tardado mucho más en venir.

—Mi secretaria, señor Flagg —presentó sonriendo King—. Le gusta la música de jazz.

El «Trepidante» parpadeó admirativo, contemplando a la preciosa secretaria, que le miró arqueando las cejas y declaró con candoroso arrobo:

—¡Las motos me despepitan, señor Flagg!

Pat Flagg sacudió los hombros como si le atacara un repentino

colapso epiléptico.

—¿Jazz y motos? —preguntó entusiasmado—. ¿Le sentará mal, señor King, que invite a la señorita...?

—«Baby» me llaman —sonrió ella—. Y ahora, en este preciso momento, estoy libre de servicio, ¿verdad, patrón?

—Absolutamente libre. Repito, señor Clay, excúseme por mi insulsa llamada. Por cierto, creo que fuera le aguardan unos policías...

—Sí. ¡Ridículo! Ted Morris quería que esos cuatro me acompañaran, porque supone que, sin ellos, me matará «Gorila» Frisco. ¡Ridículo!

«Baby» enlazóse del brazo de Pat Flagg, e insinuó a Clay:

—A mi tía Grumpy también le gusta la música, pero no las motos.

Fergus Clay miró a la opulenta y atractiva Grumpy.

—¿No le gustan las motos? Haríamos buenas migas, señorita Grumpy. Abajo hay unos pacíficos *taxis*. Nos podríamos reunir con esa pareja en el «Zanzíbar», si el señor King no se opone.

Grumpy alisóse el cabello, vacilante.

—Prefiero quedarme. No lo tome a mal, señor Clay, pero tiene usted un imán que no me atrae. A solas, me gusta; pero tras de usted va «Gorila» Frisco... y ése no me gusta.

—Bien —y Fergus Clay frunció las cejas—. Tiene usted razón. Por eso mismo, procuraré terminar cuanto antes con ese maldito «Gorila». Y vendré a buscarla pronto, señorita Grumpy. Siempre y cuando el señor King no nos juzgue impertinentes.

—Siempre hallarán aquí buena acogida, señores.

Cuando los tres se hubieron marchado, Grumpy examinó de reojo a Lord King.

—Pueden matar a «Baby» si va con esos «buscapeligros», señor. ¿Porque «Gorila»? Disparará sin escrúpulos.

—No temas, Grumpy. No sé por qué, me figuro que a «Gorila» Prisco le quedan pocas horas de vida.

—¿Presentimientos, señor?

—No. Eres muy bonita, Grumpy. ¿No tienes espejo? Fergus ha quedado fascinado, y deseará volver pronto en tu busca.

Lord King entró en sus habitaciones. Silbaba la «Danza Macabra».

Grumpy sonrió a solas. La noche en que Thomas Willing murió, ella estaba desvelada y, cerca de las dos de la madrugada, había ido al cuarto de baño para acudir al consuelo de la magnesia efervescente que la hiciera olvidar un exceso de chokolatines.

No había contado nada a «*Baby*» aunque ésta recordaba tan perfectamente como la propia Grumpy la observación de Lord King cuando las contrató liberándolas de la esclavitud del mostrador de unos grandes almacenes.

«Soy un ferviente perseguidor de antigüedades. Cuanto yo haga, o les haga hacer, es puramente comercial y sin peligro. Pero la completa discreción las hará ser largo tiempo empleadas mías, si me honran aceptando un contrato de secretaria y ama de llaves».

Y hacía cinco meses que estaban empleadas con él... y querían seguirlo siendo el mayor tiempo posible. Hasta entonces, parecía innecesaria la virtud de la discreción...

Pero la noche en que Grumpy fue al cuarto de baño; la noche en que Thomas Willing fue asesinado, Grumpy vio perfectamente como Lord King descendía por la escalera de incendios...

Y poco después oíanse los tres agudos silbidos de un silenciador... y la misma música que ahora silbaba Lord King en su despacho.

CAPÍTULO IV

La brigadilla especial

El inspector Ted Morris no ostentaba en su semblante muestras de su placidez habitual. Más que conectar su dictáfono, le asestó un manotazo.

—... Oiga, Brown: Que se presenten inmediatamente aquí los de la Brigadilla especial.

—... A estas horas, señor, estarán seguramente en sus casas y...

—... Le he dicho —silabeó despaciosamente Ted Morris— que necesito inmediatamente la presencia de esos agentes.

Cerró el contacto, y se olvidó de encender su pipa, gesto que en él significaba el calmante de su espíritu. Paseó a lo largo de su despacho, con las manos hundidas en los bolsillos.

Su ceño fruncido no denotaba que iba a dispensar una cordial acogida al que acababa de golpear con los nudillos en la puerta.

—¡Adelante!

Entró, la opulenta humanidad de Sam Gold, impecable en el traje que, cortado por un excelente sastre, disimulaba convenientemente su exceso de adiposidades.

—Buenos días, Morris. Percibo que se encuentra usted sumido en hondas meditaciones. ¿Supone que es así como resolveremos la especial situación que se nos ha presentado?

Ted Morris representó muy gráficamente la imagen de un perro dogo vacilando entre ladrar o morder.

—Está usted tan acomodado a su papel de hombre de mundo —prefirió decir con sequedad— que hasta en los momentos en que le rezuma por las grasas el miedo, adopta tonos banales de lechuguino

de la Quinta avenida. Vamos a hablar en plata, Gold.

—A eso vine. Y mucha plata me ha costado ya la campaña de prensa sacudiendo el dormido celo de la policía, de la que usted mismo es un digno componente... también letárgico.

—Ahórreme sus pretendidas gracias. Establezcamos la realidad de los hechos que nos ocupan. ¿Usted quién cree que es el «Silbador»?

—Si lo supiera, dormiría gustosamente, Morris.

—No cumplí con mi deber de inspector, al callarme un hecho que en manos de los demás investigadores podría conducirles quizás a la captura del «Silbador».

Sam Gold dio una lenta cabezada, como dando a entender que consideraba muy acertada aquella omisión del inspector.

—Usted sabe a lo que me refiero. El forense ha determinado que a las dos de la madrugada Thomas Willing murió instantáneamente de resultas de tres disparos de arma de fuego. Eso lo sabe toda la prensa. También la prensa ha propagado que un imbécil *diletante* artístico oyó a esta misma hora una musiquilla silbada que precedió en poco a tres silbidos más agudos. Lord King se deleita silbando, y ganas me dieron al interrogarle de cortarle el resuello para que terminase de silbar.

—No es a él a quien hay que cortarle el resuello, Morris.

—Bien, ya sé que es el Silbador al que buscamos. Pero usted, como yo, sabe que a las dos y minutos, una llamada telefónica me despertó. Escuche... —Ted Morris frunció las cejas evocando— y sólo oí una palabra. Una palabra que a mí mismo, que nada tengo de imaginativo, me produjo escalofríos, porque la voz era la misma que la de... Audrey Rowney.

—Seamos sensatos, Morris. Si a Audrey Rowney lo enterramos hace muchos años, ¿cómo pretende usted oír ahora su voz hablándole por teléfono? Nuestros cementerios están muy bien dotados de todas las comodidades, pero —que yo sepa— no disponen aún de teléfonos privados en los panteones.

Ted Morris agachó la cabeza y crispó los puños.

—A veces, pienso que es una injusticia que idiotas como usted triunfen en la vida.

—De acuerdo. Pero entonces el mundo entero está plagado de injusticias de tal clase. No peleemos, Morris; juntos empezamos la

faena, juntos debemos terminarla. Cace al «Silbador» y volveremos a ser los joviales mortales de siempre.

—Usted casi pretende acusarme de tener los nervios a punto de histeria, por el hecho de que yo le afirmo que la voz de Audrey Rowney me telefoneó a los pocos instantes de la muerte de Willing. Se limitó a decirme una sola palabra: su nombre. Nada más, y colgó.

—Escalofriante, Morris. Lo reconozco. Pero, óigame: usted es inspector, ¿no es verdad? Significa, pues que su cerebro está ejercitado en deducir e investigar..., aunque hay idiotas que triunfan sin merecimientos, como usted tuvo la bondad de insinuarme antes.

—Abreviemos. ¿Por qué me llama idiota?

—Quiero demostrarle que está usted obcecado y ve misterios donde, si bien los hay, no son del calibre que usted imagina. Audrey Rowney murió y fue enterrado. Si la persona que mató a Thomas Willing le telefoneó la palabra: «Audrey»...

—Sí, fue la misma persona, porque tan pronto como hubo colgado, conseguí que el servicio telefónico me asegurara que la llamada procedía del despacho de Thomas Willing. Al primer instante supuse que se trataría de algo que Willing quería comunicarme referente a Audrey Rowney y por esto no fui. Volví a dormirme dejándolo para el día siguiente.

—Comprobado, pues, que fue desde el propio despacho de Willing que le telefonearon, le repito que un muerto no pudo hacerlo. ¿Pudo hacerlo Willing?

—No era su voz... y además estaba muerto.

—También Audrey Rowney está muerto. Ahora reflexione en algo muy sencillo. Alguien decide eliminar a Willing y ese alguien sabe algo referente a la intervención de usted en el asunto Audrey Rowney. Casi como si dijéramos, es un chantaje para asegurarse de su silencio de usted o cuando menos de que llevara la investigación con cautela para que al descubrir al «Silbador» no salga a relucir el asunto Rowney. Así es como enfoco yo el crimen.

—¡Ojalá fuera así! ¿Y de dónde saca tan hermosas deducciones?

—La palabra «Audax» dibujada con mis propios lápices de labios denota un temperamento propenso a... ¿cómo diría yo?... a ciertas bromas de mal gusto. Y créame que el difunto Audrey no se

entretendría en esas minucias. Concretando: estimo que la muerte de Willing es obra de Pat Flagg o de Peter French.

—Tanto palabreo para llegar a la misma conclusión que hace horas llegué yo.

—Después de Cristóbal Colón, todo el mundo se sintió capaz de descubrir las Américas.

Ted Morris no se dignó contestar; acercóse al teléfono.

—... ¡Oiga, Brown! Tengo la vaga sospecha de que hace unos instantes le comuniqué una orden.

—... Quedó cumplida, señor. De la Brigadilla especial han llegado ya cinco agentes. Falta Barton. Tan pronto como llegue, que no ha de tardar, pasarán a ponerse a sus órdenes.

Cerró Morris el contacto y encarándose con Sam Gold, explicó:

—He llamado a los de la Brigadilla porque son tipos que le sacan la verdad a una verdulera. Son elementos escogidos entre los más listos y brutales de toda la plantilla policial.

—¿Piensa mandarles a sostener un diálogo con Flagg y French?

—Y también con Lord King.

—¿Con el *diletante*? Exagera usted, Morris. Si hay alguien más hedonista que Lord King, lo dudo y no lo conozco. Y eso que transito y vivo en una sociedad de hedonistas.

—¿Quiénes son esos hedonistas? —inquirió Morris, receloso.

—Simplemente caballeros amantes de la vida placentera, cómoda, sin preocupaciones. ¿A santo de qué iba Lord King a matar a Willing?

—No afirmo que lo matará, pero sí que podría a lo mejor haber visto u oído más de lo que declara. ¡Adelante! —gritó hacia la puerta, donde acababan de llamar.

Fueron entrando uno tras otro seis individuos de paisano, que a Sam Gold, aun sabiendo de quién se trababa, le hicieron el efecto de ex boxeadores o de actuales pistoleros.

Eran los seis componentes de la Brigadilla especial.

En semicírculo, los seis hombres vestidos de paisano, aguardaron en silencio. Los unos manipulaban con sus sombreros fieltros dándoles vueltas entre las manos; otros miraban sin curiosidad a Sam Gold.

Ted Morris pasó a sentarse tras su despacho.

—Préstense atención, muchachos. Es a propósito del asesinato

de Thomas Willing y del criminal que la prensa ha dado en llamar el «Silbador». Hay tres individuos que saben más de lo que pretenden. Uno es Peter French, el dueño del «Zanzíbar». El otro es Pat Flagg, el corredor de motos. Y el tercero es Lord King, un ocioso distinguido, que se dedica a la compra y venta de antigüedades y es también asesor para los ricachones que quieren comprar trastos inútiles y caros. Bien. Se trata de que los exprimáis hasta la última gota.

Sam Gold inclinóse al oído de Ted Morris.

—Cuidado, Morris. El «tercer grado» a Lord King y a Pat Flagg nos puede traer disgustos.

Ted Morris sacudió una mano como quien espanta a una mosca inoportuna. Prosiguió hablando a los silenciosos agentes.

—No ordeno modales que dejen huellas. Con Peter French, sí. Al fin y al cabo es un individuo equívoco. A los otros dos, si es preciso les amenazaréis, pero sin llegar a la acción. Resumiendo: exprimidlos. Vosotros dos id a localizar a Lord King, vosotros a Flagg, y tú, Barton, con Anders, entiéndetelas con Peter French.

* * *

Grumpy miró con nostalgia el fondo vacío de su caja de chokolatines. Disponíase a meditar entre la conveniencia de ir por otra caja, o empezar su aseo nocturno, cuando el timbre llamó.

A solas, y aunque su temperamento fuera decidido, no se sentía muy dispuesta a abrir. Prefirió acudir a un recurso algo ingenuo.

—¡Señor! —Y aguzó la voz—. Creo que han llamado.

Lord King entró procedente de sus habitaciones. Rectificó con leve tirón las solapas de su *smoking*.

—Si crees que han llamado es que ha sonado el timbre, ¿no es cierto? Lógicamente alguien lo habrá pulsado. Por tanto, alguien está esperando tras esa puerta cerrada.

—Es que... a esas horas una visita. Perdone.

Grumpy, ya más reconfortaba, fue a abrir. Retrocedió presurosa. No le gustaba la apariencia de los dos individuos que ante la puerta tocaron al unísono el borde de su fieltro.

—Buenas noches —habló uno de ellos, con voz poco amable—. ¿Usted será, sin duda alguna, Lord King, no?

—Sí. Pasen, hagan el favor. ¿En qué puedo servirles?

Entraron los dos agentes y también al unísono entreabrieron sus americanas, y con el pulgar sacaron de debajo del chaleco uno de los ramales de sus tirantes, exhibiendo la placa especial de la sección de detectives.

—Tomen asiento, señores. Están en su casa. ¿Desean tomar algo?

El rostro risueño de Lord King no influyó para nada en la habitual idiosincrasia de los dos componentes de la Brigadilla especial. El que ya había hablado, tomó de nuevo la palabra.

—Veamos si nos ponemos de acuerdo, señor King. Usted asegura que oyó silbar, y no le dio demasiada importancia, yéndose poco después a acostar. Esta declaración es de una vaguedad inadmisible.

—Créame que lo siento. Si hubiera sabido que aquellos silbidos eran más dignos, de ser escuchados que los rumores de selva intrincada de Wagner o de los almibarados compases de Delibes, hubiese prestado una atención directa. Es decir, hubiera acudido a aplaudir personalmente al intérprete. Pero, francamente, «La Danza Macabra» de Saint-Saens, es para mí una composición de mucho valor plástico, pero no figura entre mis favoritas audiciones. Mi abundante discoteca podrá demostrárselo prácticamente.

—Oiga, King, no nos tome el pelo, que no hemos venido a eso.

Lord King adoptó un aspecto cariacontecido.

—Supongo que su frase significará que usted opina que yo pretendo embromarles. Muy lejos de mí tal idea. Me afirmó usted que mi declaración pecó de vaga por lo que se refería a unos silbidos y puesto que el tema musical es uno de mis predilectos, concreté mis opiniones particulares sobre Saint-Saens.

El agente miró al otro, como solicitando su intervención. Y el mudamente interrogado entró en acción. Levantóse, insertos los pulgares en su chaleco y vino a colocarse tras el sillón ocupado por Lord King. Desde posición, ordenó:

—La dama puede retirarse, King. No la necesitamos.

—Sólo recibo órdenes del «señor» —apoyó Grumpy largamente en la palabra «señor».

—Gracias, Grumpy. Pero creo que es hora ya de que cese tu jornada de trabajo. Hasta mañana.

Cuando ella, tras una mirada muy desprovista de amenidad

hacia los dos agentes, se hubo marchado, el que se sentaba frente a Lord King empezó el «bombardeo»:

—¿Por qué estaba usted despierto a las dos de la madrugada?

—Ningún artículo de la Constitución lo prohíbe —replicó sonriente Lord King.

—¿Por qué el hecho de silbar, a aquellas horas, no le extrañó profundamente? —Ametralló el que estaba a las espaldas.

—Porque soy partidario de que el mundo sería un edén feliz si cada uno hiciera lo que quisiese sin molestar al vecino y sin meterse en la vida ajena. Y silbar no es molestar, si se hace ajustadamente.

—¡Menos evasivas! Confiese —y el que estaba frente a Lord King le dio dos golpes con el índice en la rodilla— que usted se extrañó y que...

—... aprovechando la cercanía de la escalerilla de incendios... —bramó el que estaba a las espaldas...

—... descendió y entró en el despacho de Thomas Willing —terminó el otro.

Lord King extrajo de su bolsillo un extraplano. Lo mostró.

—Es hora de que vaya a una cita que tengo. Deseo hacerles saber una cosa, amigos míos. Admiro la eficacia con que pretenden aturdirme, pero si bien aplaudo la justicia de mi ciudad natal, que dispone de tan eficaces elementos, aplaudo también el artículo constitucional que dice más o menos que un ciudadano particular será interrogado en forma vehemente solo en dos casos: en calidad de sospechoso y ante su abogado, o en calidad de convicto y a solas, aplicándole entonces cualquier procedimiento interrogatorio que sirva para mejorar los resultados favorables a la buena marcha de la justicia. Yo soy un testigo que presté una voluntaria declaración. ¿Nombro abogado o quieren colocarme unas esposas?

—Esta actitud en nada le favorecerá, King. Hable ahora. Tenemos la certidumbre de que usted nos oculta algo que ya sabemos.

—Si lo saben, ¿para qué me preguntan? Ahora bien, hay otro artículo constitucional que ampara al ciudadano confiriéndole el derecho de entablar querrela por calumnias hasta contra las mismas fuerzas representantes del poder legal. La constitución es una de mis lecturas predilectas.

Los dos agentes se pusieron en pie.

—Mañana le visitaremos con un mandamiento legal, ya que tan leguleyo es usted.

—Como quieran. Están en su casa. Buenas noches, señores.

Afuera, uno de los agentes mascullo:

—Ese maniquí tenía todos los triunfos a su favor, desde el momento en que no nos autorizaron a zumbarle... y además es un cangrejo incocible. Se sabe de memoria todo lo que los diputados nos han escriturado para acreditar sus sueldos...

CAPÍTULO V

Reaparece «El silbador»

John Smith, el «Melódico», apuntaba su clarinete hacia el techo artesonado, mientras vertía las quejumbrosas notas de un lamento-son afrocubano.

El reluciente y aerodinámico decorado del «Zanzíbar» enmarcaba adecuadamente la pista deslumbrante de blancura y cristales, donde «Baby» bailaba con Pat Flagg.

Los nítidos *fracs* grises de los músicos; la silenciosa destreza de los camareros; la artificial belleza femenina; los pulidos semblantes rasurados... todo contribuía armónicamente a crear una sensación de pulcritud refinada.

Y «Baby» imaginábase desempeñando el papel estelar del último film de ambiente aristocrático. Pero la voz áspera de Pat Flagg la devolvió a la realidad.

—Tu patrón es un elegante «chambón», dulzura. Tiene un piso que es un primor, y dos secretarias inmejorables. ¿Cuál es su negocio?

—Compra y vende antigüallas desteñidas, y chafarrinones de pintura.

—Un técnico en arte ¿no? ¿Y no se fija en ti, que eres la obra de arte más perfecta?

—No me ve nunca. Sólo hay tres cosas a las que concede importancia en el mundo: su sastre, su cuenta corriente y su propia persona.

—Lo pronuncias en son de queja. Avísame si quieres cambiar de empleo.

—¡Diablos, no! Me gustan mucho los «Chelseas», y él es un cigarrillo idéntico a mi marca preferida. Melosidad de la Virginia, suavidad de las Carolinas, aroma del Maryland y toda la inutilidad de las hojas turcas.

—¿Nació a la vez en todos esos Estados?

—Tiene un pasaporte que dice que es natural de Long Island. Pero hay tantos visados europeos, que ya perdió el lustre neoyorkino. No me agites tanto, campeón. Lo que tocan es un *fox*, y no la propaganda de la mejor coctelera.

Al pasar delante del estrado donde John Smith dirigía su orquesta con el clarinete en la mano, «*Baby*» le miró sonriente.

John Smith saludó con cortesía de director de jazz, cuando ella inclinó la cabeza significativamente.

—¿Conoces al «Melódico»? —preguntó Flagg.

—No, pero como quiero conocerlo... pues para eso lo he saludado.

—Te sobra ángel, hechizo, gancho y seducción para malgastar tanto caudal en un simple trompetero. ¡Anda! ¿Por qué haces ahora un guiño a Peter French? ¡Eres una insaciable coqueta, a pesar de esa carita de ángel!

—Comparo... comparo, y tú sigues pisando el primero la meta.

Un repentino entusiasmo desbordó en Pat Flagg, y «*Baby*» contrajo el rostro en mueca de dolor.

—La meta no son mis pies, campeón —protestó.

Fergus Clay examinaba aburrido las contorsiones de las parejas. Estipulaba mentalmente muchos, tantos a favor del clasicismo estatuario de Grumpy, infinitamente más atrayente, para su gusto, que las angulosas siluetas de las juveniles bailarinas.

Alzó el rostro al sentirse tocado en un hombro por un individuo alto, de irregulares facciones atormentadas.

—Buenas noches, señor Clay. Como ambos tenemos un punto de contacto, me permito presentarme. Soy Peter French, amigo sincero de Pat Flagg.

—¡Ya! Encantado. Pero creo que tenemos también otro punto de contacto. A usted le busca los huesos el «Gorila», y yo se los busco a él. Espero tener suerte y privarle de esta pesadilla.

—No me quita el sueño. Sin jactancia. No es Pitecántropo quien me atosiga. La persona que me preocupa... hace años, es Tina Corsi.

—Cierto que ella también dispara.

—No, aludía a esta posibilidad, remota. Pero excúseme si manifesté íntimas alusiones de orden sentimental. ¡Linda señorita la que baila con Pat!

—¡Lindísima! Digna sobrina de su ausente tía.

Tras varias banalidades, el dueño del *cabaret* alejóse y minutos después Pat Flagg se sentaba junto al federal, ostentando una expresión avinagrada.

—Tiéndeme el frasco, Clay. Prefiero correr cien millas, con los ojos vendados, que embobarme como un conejillo fascinado bajo las faros de esa vampiresa.

—¿Dónde la has dejado?

—Ella es la que me ha abandonado para *flirtear* descaradamente con el clarinete. Y me gusta.

—¿El clarinete?

Pat Flagg bufó, examinando furioso la inexpresiva cara del «G-Man».

—Hablo de la chica. Me tiene completamente aniquilado. Es miel con pimienta. ¿Tú crees que haría mal efecto si yo estrellara contra el techo los lentes del «Melódico»?

«*Baby*», enlazada al brazo del director de la orquesta, vino hacia la mesa donde Pat Flagg mordíase las uñas, quemando energías.

—Perdónenme, amigos —rogó «*Baby*», con mohín de excusa—. Me ha invitado a cenar John...

—Pero si John —y Pat Flagg apoyó venenosamente sobre el nombre— se larga, ¿quién tocará el clarinete?

—Para esos casos, francamente excepcionales, de irresistible tentación, tengo un sustituto permanente —replicó con amabilidad John Smith.

Saludaron y se fueron al guardarropa, contemplando hoscamente por el corredor de «dirt-track».

—¡A eso le llamo yo temperatura polar! —musitó Pat Flagg, anonadado—. Tiéndeme el frasco, Fergus, Vamos a cenar tú y yo juntos, ya que ella nos ha dejado plantados.

—¡Ya! Cenemos juntos, pero no me llames miel, porque la cuenta la pagaremos a medias.

Pat Flagg exhibió de pronto un ceño amenazador. Fergus Clay

siguió la dirección de su mirada.

Sam Gold atravesaba la pista, insertando sus pulgares bajo las solapas de su *frac*.

—Abandona ahora toda idea perversa, «Trepidante» —aconsejó Clay, irónicamente—. Sería injusto, que ese sapo pagara por lo que otro se ha llevado a cenar consigo.

Sam Gold no simpatizaba con Peter French, pero en el «Zanzíbar» dominaban la ciencia culinaria. Aceptó con displicencia las buenas noches de Peter French.

—Un cenador privado, French.

—El número once está libre, señor Gold.

Sam Gold sentóse en el lujoso comedor reservado. Sonrióuntuosamente al gerente y dueño del «Zanzíbar», que se hallaba de pie ante él.

—¡Extraño misterio la muerte de nuestro común amigo Thomas Willing! Sigo devanándome los sesos, y no logro captar las razones por las que le han matado.

—¿Estima usted, señor Gold, que son razonables las razones del que asesina a un semejante?

—Moralmente no; pero entienda el significado de mis palabras. Si no ha existido ni robo ni crimen pasional, ¿cuál es el motivo que impulsó al «Silbador»? Le reputan a usted por listísimo. ¿Ha fraguado alguna hipótesis?

—Cabe pensar en la táctica empleada por ciertos *gangsters* de Chicago. La primera vez matan sin beneficio visible, y dejan un testigo de oído, que contará lo ocurrido. En este caso el aviso consistió en una melodía silbada y la palabra «Audax». Estemos seguros de que cuando un segundo sujeto elegido para víctima de ese macabro chantaje oiga la melodía fúnebre, se apresurará a pagar cuanto se le pida.

—Quizá. Lo cierto es que todos han lamentado mucho la muerte de nuestro amigo, French. Aunque tengo la certeza de que algunos se habrán alegrado.

—Es condición humana que los que sigan en vida sientan cierto regocijo al ver que es otro el que ha muerto.

—No esperaba esa vaguedad en su respuesta, French. Me refería a que la muerte de Willing ha sido providencial, en cierto sentido, para alguien de nuestro común conocimiento.

Peter French torció el labio inferior, mordiéndose la comisura.

—¿Qué menú piensa elegir, señor Gold?

—Más tarde llamaré al «*maître*», cuando lleguen mis invitados. No se escurra, French. Encárese con mis insinuaciones.

French repitió su mueca nerviosa.

—Usted es un cliente, señor Gold, y yo soy el gerente de un establecimiento al que usted honra con su asiduidad gastronómica. Vea en mí simplemente a quien está a sus órdenes: al gerente.

—Pero que es ahora el dueño exclusivo del negocio... puesto que Thomas Willing ha muerto asesinado.

Peter French miró la hora en su reloj.

—¿Le apetecerá un combinado de la casa, señor Gold?

—Me reprochan a veces el tener una excesiva franqueza, French. Yo a usted le reprocho un excesivo disimulo sospechoso.

—Su franqueza, Gold, no es tal. Es malevolencia, y mi único disimulo consiste en que soy negociante antes que hombre. Con su permiso, atenderé a otros caballeros, que...

—Oiga, French, ¿cómo he de decirle que quiero que comprenda que esta noche voy a acusarle públicamente del asesinato de Thomas Willing?

El dueño del *cabaret* contrajo las mandíbulas; se pasó el índice por el fino bigote y sonrió al fin.

—No pienso impedírselo, Gold..., ni silbando ni disparando. Yo no soy Pat Flagg.

Rió Sam Gold como un sapo que croase burlonamente.

—¿Acusa usted al «Trepidante»? Allí lo tiene, en el salón, French.

—Bien sabe usted que me refiero solamente a la caricia que mi amigo le dedicó esta tarde. Yo soy menos impulsivo, porque soy muy indeciso, señor Gold. Para calmar el escozor de este labio hinchado que deforma su rostro, señor Gold, debería ordenar que le traigan un «Alexandra», afelpado con el terciopelo del *curaçao*. ¿Es indiscreción preguntarle quiénes son sus invitados?

—Lord King, como testigo, y el inspector Ted Morris, como juez y mantenedor de la acusación que contra usted voy a presentar.

—El caballero *diletante* tiene buen paladar. Mejor que el suyo, Señor Gold, e infinitamente superior al vulgar Ted Morris.

Sam Gold quedóse riendo malignamente. Confiaba en que Ted

Morris sabía encontrar pruebas contra Peter French o contra Pat Flagg.

* * *

Ted Morris no quiso acompañar a su hermana y al comisario al teatro. Declaró, de pésimo mal humor, que, mientras el «Silbador» no estuviera preso, nada podría divertirle.

Pasó a su despacho y bajo la pantalla que enfocaba su carpeta, sumióse de nuevo en el estudio de cuantas investigaciones se habían hecho hasta entonces sobre el «caso Thomas Willing».

Una frase le obsesionaba entre el fárrago de deducciones del agente psicotécnico encargado del caso:

«... y la ausencia de móviles definidos encauza la investigación hacia la posibilidad de una venganza particular de índole desconocida».

Ted Morris encendió su pipa y paseó por el despacho, repitiendo varias veces la frase en voz alta. El silencio de la casa y el redondo haz luminoso de la pantalla roja parecieron crear una atmósfera opresiva, que influyó en el ánimo del poco sensible inspector.

Dirigióse hacia un cuadro, que descolgó, dejándolo sobre una silla. Quedó al descubierto, en la pared, un rectángulo de medio metro cuadrado. Era una caja fuerte de acero empotrada en el tabique.

Manipuló en la combinación y abrió la caja. Extrajo de ella todos los estuches que contenía, y cargando con ellos, los dejó sobre la mesa y empezó a escribir rápidamente:

«Querida hermana: Presiento un peligro que no te puedo definir. La muerte de Thomas Willing me ha desquiciado, y hasta que el “Silbador” no haya ido a la silla eléctrica, no recuperaré mi equilibrio normal.

»Me marchó al Canadá. Por si mi ausencia se prolongase, me llevo los diamantes que te regalé cuando

mi primer negocio con Thomas Willing hace años. De tus otras joyas me llevo las que tu primer marido te compró. Te dejo las compradas por Frank. Si, como deseo, cae pronto el “Silbador”, regresaré y no tendrás que llorar por la pérdida, de tus joyas. No le expliques nada de todo esto a Frank, porque es asunto que te revelaré cuando quede todo resuelto.

Ted Morris».

Se dirigió de nuevo a la caja fuerte y colocó en su interior la cuartilla recién escrita. Acababa de depositarla en el compartimento vaciado de sus estuches, cuando quedóse inmóvil, tensos los músculos...

—¡Bah! —masculló entre dientes y furioso contra sí mismo—. Estoy ofuscado con esta musiquilla...

Y como el niño desamparado que quiere darse ánimos, silbó despacio los compases primeros de la «Danza Macabra». Sus labios, reseco y sin soplo, se negaron a continuar...

La música era silbada, con precisión que iba aumentando en sonoridad, por otra persona.

Apoyóse con una mano en la puertecita del cofre fuerte, continuando de cara al tabique. Su diestra fue descendiendo hacia el bolsillo trasero de su pantalón.

La música fue aumentando en intensidad, y el ritmo adquirió mayor velocidad.

Ted Morris introdujo frenéticamente su diestra en el bolsillo y dio media vuelta... Restallaron tres silbidos agudos.

La mano izquierda de Ted Morris se engarfió en el aire, y, buscando un apoyo, se agarrotó en el marco de la puertecita de la caja; su diestra cayó lacia, inerte.

Los ojos de Ted Morris miraban entre los velos nebulosos de la muerte la figura quieta y erguida del individuo siluetado en la sombra del umbral, que seguía silbando después de haber disparado con certera actitud, dibujándole un triángulo en el corazón.

Ted Morris cayó de repente hacia delante. La columnilla de humo se extinguió al enfundar el «Silbador» su pistola.

La luz de la pantalla roja iluminaba tenuemente al hombre que dormía de bruces su último sueño definitivo.

Del umbral destacóse un enmascarado, vistiendo un abrigo deportivo de color gris. Acercóse lentamente a la mesa del despacho; después se dirigió a la caja fuerte y cogió la cuartilla, que leyó calmosamente, sentado en el propio sillón donde poco antes sentábase Ted Morris.

Fue abriendo todos los estudios. Con un collar de perlas y un broche formó una gran mayúscula; era una «A». Con un collar de esmeraldas formó una «U»; sirvióse de un brazaletes, y un alfiler para crear una «D» perfecta; dos broches y un anillo dibujaron otra «A», y meticulosamente alineó en aspas todos los anillos hasta lograr una pequeña «X».

El estuche aplanado que contenía un fino hilillo de platino engarzando diamantes, se lo colocó en el bolsillo superior del *smoking*, envolviéndolo con su pañuelo.

El hombre del antifaz se levantó y, como el pintor que da un paso atrás para admirar su propia obra, examinó, unos instantes los refulgentes parpadeos de las variadas piedras preciosas que formulaban la palabra: «AUDAX».

Rectificó ligeramente la posición del anillo que formaba el trazo central de la segunda «A», y su índice enguantado se apoyó en el minúsculo botón blanco del pie de la pantalla.

La luz roja se apagó, reinando la mayor oscuridad.

* * *

Sam Gold empezaba a impacientarse; sus invitados tardaban.

Iba a llevarse a los labios la copa que contenía el cuarto cóctel, cuando el cristal resbaló de sus dedos y el ambarino-combinado de licores se desparramó por el mantel.

Alguien que se acercaba a la puerta del reservado, silbaba en sordina unos compases fúnebres...

Sam Gold, respirando aceleradamente, se levantó a medias. Sostenía apretadamente una achatada automática en la temblorosa diestra.

Lord King, ataviado con el *smoking* mejor cortado de Nueva York, entró volteando entre sus dedos la cadenilla de platino del

chaleco.

—Buenas noches, señor Gold. Le ruego que excuse mi tardanza, pero... —Y el rostro risueño del *diletante* adoptó una expresión asombrada—. ¿Se da cuenta, señor Gold, de que mantiene usted en la mano un arma de fuego?

Sam Gold rompió a reír, con acentos en que dominaba una leve histeria. Colocó la pistola en su bolsillo.

—Me asustó usted, amigo King.

—¿Yo? —Y Lord King sonrió—. Es paradójica su frase. Le veo muy pálido. ¿Está usted indispuesto?

—Venía usted silbando una tonadilla poco alegre, y el «Silbador» es el tema del día. En fin, ya pasó el incidente. Pero, reconozca, que para un hombre de su exquisito tacto, no concuerda su interpretación de Saint-Saens con el *cabaret* «Zanzíbar». Desentona.

—¡Oh, no! Precisamente era la música más adecuada, porque tengo que comunicarle una noticia luctuosa... ¿Era muy honda su amistad con Ted Morris?

—Es mi mejor... ¡Dígame! ¿Le ha sucedido algo al inspector?

—Lamento comunicarle que se ve imposibilitado de asistir a su Cena. Repito las palabras empleadas por Peter French, quien acaba de enterarse por teléfono, y me ha rogado se lo transmita...

—¡Abrevie, hombre de Dios! ¡Es usted exasperante!

Lord King asumió un aspecto de extrañeza, levemente ofendido.

—Está usted al borde de una congestión, señor Gold. La causa de que Ted Morris no pueda acudir, es muy ajena a su voluntad. Ha sido la segunda víctima del «Silbador».

Sam Gold reclinóse en su silla, respirando fatigosamente. Su mano avanzó titubeante hacia la botella de agua mineral. El propio Lord King le escanció solícitamente una copa, ayudándole a beber.

—Vigile su presión arterial, señor Gold —recomendóle cariñosamente—. Está usted expuesto a sufrir una seria crisis el día menos pensado.

Sam Gold aflojóse el cuello duro, desabrochándoselo de un tirón.

—Considero muy lógica su profunda aflicción, señor Gold.

—¿Por qué? —inquirió rápido el mecenas.

—La muerte de sus dos íntimos amigos en tan breve lapso de tiempo y bajo los disparos del mismo excéntrico criminal, es accidente que forzosamente ha de afectarle.

Si Sam Gold tenía fama de protector de las Artes, Lord King tenía reputación de ser un atento y huero personaje, excesivamente cortés por todo reproche.

Sam Gold se levantó y su voz era poco firme cuando solicitó ser excusado si no se sentía con deseos de cumplir su obligación de anfitrión.

En el guardarropa, Lord King ayudó a vestir, su abrigo al obeso comerciante. Recogió su abrigo gris deportivo, el fieltro negro y su bastón de ébano con puño recto de marfil.

—Perdóneme, señor King. Otra noche repararé mi descortesía.

—¡Oh, no! Es excesiva su bondad, señor Gold. No debe excusarse. El motivo de su congoja es humano y hasta admirable. La amistad es el más digno de todos los privilegios, que van extinguiéndose con la civilización. Buenas noches, señor Gold.

CAPÍTULO VI

La fiera desencadenada

Los agentes Barton y Anders no eran sensibles a la música ni al lujo. Entraron en el local del «Zanzíbar» con el sombrero puesto, y en sus rostros no había el menor síntoma de que iban a divertirse.

Un alto individuo de rostro irregular se les acercó. Vestía un *smoking* que hacía aparecer aún más arrugados los trajes de los dos agentes.

—¿Una mesa para dos, señores? —inquirió Peter French.

Barton le asió por una solapa, empujándolo hacia el fondo de un departamento cercano a la guardarroía. Anders cerró la puerta de un taconazo y se adosó a ella.

—¿Que modales son éstos? —protestó el dueño del *cabaret*—. Ante el público no he intentado la menor resistencia, pero...

—Cállese, amigo. Conteste sólo a lo que le preguntemos.

—Pero... ¿quiénes son ustedes?

—Departamento especial de «la criminal».

—Debí darme cuenta —murmuró French—. ¿Qué quieren?

—Mataron a Thomas Willing. Y en todo crimen hay un motivo. Usted lo tiene, French. Confiéselo.

—Confesaré que la muerte de Willing en nada me ha perjudicado, desde el punto de vista comercial, si es eso lo que desean saber.

—Bien. Es usted sensato. Siga confesando y se lo tendrán en cuenta.

—Pregunten.

—¿Reconoce que mató a Willing porque le debía dinero?

—No.

—¿No reconoce que le debía dinero?

—Puesto así, no tengo inconveniente en reconocer, como ya he declarado, que Thomas Willing me prestó dinero, sin recibos y que, por tanto, con su muerte, quedo exento de pago.

—No nos interesa. Thomas Willing fue asesinado a las dos de la madrugada. Y usted ¿dónde estaba a las dos de la madrugada?

—Hasta ahora no me lo han preguntado. Nos habríamos ahorrado mutuamente el disgusto de conocernos, señores. La noche del crimen yo estuve aquí en mi local hasta la una. Extremo que podrán ratificar muchos testigos de todas las categorías.

—Siga. A la una, su coartada no tiene valor alguno.

—A la una y cuarto fui al casino de juego de Beddy Bank. Y me senté a la mesa de *bridge*, de la que no me levanté hasta las cuatro de la madrugada.

Barton y Anders fruncieron el ceño contrariados.

—¿Cómo lo demuestra? —inquirió Barton—. En un casino hay muchas mesas y muchos relevos.

—En el *bridge* que yo jugué no me habrían admitido el relevo... porque se jugaba a tanto alzado. Y era partida que semanalmente repetimos tres veces. El senador Faunders, su esposa y el asesor jurídico de la compañía de seguros «Sunday» eran los otros tres jugadores.

—Iremos a preguntarles a dichos señores.

—Naturalmente. Háganlo... pero a ellos no les agarren por las solapas y les introduzcan violentamente en un lugar semiobscuro.

Barton y Anders salieron sin pronunciar palabra, y Peter French rectificando su americana algo arrugada por la presión del policía, abandonó el estrecho recinto anexo al guardarropa.

Comprobó que los dos agentes se habían ido y atravesó el concurrido local. Abriendo un cortinaje, penetró en el corredor que conducía a su despacho, situado en el ala posterior de la planta baja.

Su despacho ofrecía una diplomática disposición, repetidas veces empleada por concurrentes que deseaban abandonar sigilosamente aquel lugar de esparcimiento, cuando sus inoportunas esposas se presentaban.

Una puerta comunicaba el despacho con una callejuela de poco

tránsito.

Peter French descolgó el teléfono de encima de su mesa y marcó los números de la redacción de «Herald's», solicitando la presencia en al auricular de un reportero amigo suyo.

No; aun seguía sin conocerse la identidad del «Silbador». Y en el segundo crimen había aparecido de nuevo la palabra «Audax», esta vez escrita con joyas pertenecientes a la cuñada del muerto y esposa del propio comisario Dodge. Seguramente era obra de un loco, ya que no había relación entre las dos muertes, aparte de la amistad que unía a William y Morris. Sabíase que era el «Silbador», porque había maniatado a las dos doncellas y al mayordomo, amordazándoles. Y oyeron la misma musiquilla que el criado japonés de Willing había ya popularizado...

Colgó French y, simultáneamente, su mano se deslizó en el cajón de su mesa-despacho. En la puerta que comunicaba con la callejuela posterior, una llave arañaba cautelosamente la cerradura, y el pomo giratorio se movía con lentitud.

Peter French aprisionó la culata de la pistola, que siguió ocultando en el interior del cajón, pero dirigiendo hacia arriba la boca del cañón. Estaba preparado a recibir aquella visita que no era esperada, ni a la cual había citado.

Tina Corsi entró, cerrando tras sí la puerta. El llavín brilló en su diestra cuando introdujo las dos manos en los bolsillos de su chaqueta-sastre. Se adosó en la madera, mirando en silencio y fijamente a Peter French.

El «Indeciso» palideció intensamente y, dejando el cajón abierto, apoyó los codos sobre la mesa, enlazando las dos manos bajo su barbilla. Se mordía el labio inferior, torcido en mueca nerviosa.

El silencio se hizo insoportable.

—¿Sola?

—Joe está durmiendo, he venido, porque quería volverte a ver... antes de que Joe te mate, Peter.

Peter French descruzó las manos manicuradas. Cogió una cajita de sándalo, ofreciéndola abierta a la que años antes había sido su novia.

Tina Corsi aproximóse andando con lentitud y se sentó frente a él. Encendió un cigarrillo, manteniendo por un instante en su mano la de Peter, que sostenía el encendedor.

—Te quise, Peter, y a veces siento nostalgia del pasado.

La belleza de la italiana tenía cierto patetismo trágico.

—Gracias por esta declaración, inútil ahora, Tina —y el «Indeciso» sonrió amargamente—. ¿Te ha enviado «Gorila» a sondearme?

Ella no contestó y siguió fumando en silencio; sólo sus pestañas temblaron levemente.

—No comprendo la razón de tu visita, Tina. Tampoco comprendo la razón por la que «Gorila» tiene tan vesánico interés en matarme..., él, elegido de tu libre corazón.

—No lo elegí. Me eligió y tú no te opusiste. Dabas entonces clases de *bridge*, y cuando Joe me pretendió, te rogué que nos fuéramos al Sur. No quisiste y me fui con Joe. Él me amenazó con matarte... y él sabe que te sigo queriendo, pese a tu cobardía, Peter.

—La indecisión..., la desgana de afrontar las cosas serias, no son cobardía...

—¡Sí lo es! Y él te matará, porque hay noches en que, soñando, murmuro tu nombre —y ella fue excitándose a medida que hablaba—. ¡Huyamos, Peter! Aun es tiempo... No conoces la fiera desencadenada que es «Gorila» cuando aúllan sus instintos homicidas. He esperado esta ocasión de poder burlarle y hablar contigo. Huyamos lejos, y déjame empezar a tu lado una nueva vida.

—Es tarde, Tina. Yo tengo ahora este negocio, que...

Tina Corsi se levantó y abofeteó, calmosamente, al hombre que amaba. Lo hizo cansinamente, con infinita laxitud, como si el mismo gesto la aburriera y quedase exhausta, sin esperanzas para siempre. Volvióse y se dirigía hacia la puerta, cuando se sintió aprisionada entre los brazos de Peter French.

—Nos iremos a donde quieras, Tina. Debo apartarte del monstruo que te avasalla... porque siempre fue mi remordimiento el pensar que mi indecisión es la culpable de que te esclavizara este ser infrahumano...

Un empujón hizo crujir la madera de la puerta; otro, inmediato, hizo saltar en astillas el tablero.

Y «Gorila» Frisco disparó a mansalva sobre el «Indeciso», que corría hacia la mesa-despacho. La mano que Peter French introducía en el cajón abierto, se engaritó, Y quedóse echado de bruces sobre

la mesa, alcanzado en la nuca y en la espalda por los balazos.

Tina Corsi revolvióse gimiendo, pistola en mano.

«Gorila» Frisco saltó de costado y vació a quemarropa el resto del cargador; y cuando Tina Corsi iba desplomándose, el *gangster* derribó brutalmente con dos salvajes culatazos a la agonizante.

* * *

Pat Flagg dejó de morderse las uñas para contemplar a dos individuos que acababan de detenerse ante la mesa en que se hallaba en compañía de Fergus Clay.

—¿Es usted el corredor de motos Pat Flagg? —preguntó uno de los recién llegados.

—Ése soy yo. ¿Y usted quién es?... ¿Ah? —Y el irlandés rió, pero su risa era poco alegre—. Ese tirón de broche significa que son ustedes dos polizontes, ¿no? ¿Y qué tiene que ver eso conmigo y con el *cabaret*?

—Acompáñenos a un lugar en que podamos hablar.

—Aquí se puede hablar magníficamente bien, ¿verdad, Fergus?



...y quedóse echado de bruces sobre la mesa.

El federal asintió mudamente.

—Haga el favor de seguimos, Flagg —ordenó uno de los agentes.

—¿Qué hago, Fergus? —interrogó ceñudamente el corredor—. ¿Me quedo o sigo a ese par de aguafiestas? Deberían ustedes tocar el clarinete también...

Fergus Clay interrogó infinitamente aburrido:

—¿Lleváis orden de detención, muchachos?

—Yo no he robado cartera alguna... —empezó a protestar acaloradamente el irlandés.

Fergus Clay le aplacó con un ademán. Repitió su pregunta.

—¿Y usted quién es? —replicó el agente inclinándose amenazador el busto y avanzando una mano hacia la solapa del agente federal.

—Quietos los dátiles, colega. Yo soy Fergus Clay, federal, y ese caballero que me acompaña está conmigo, ¿no? O sea que sentaos los dos, servíos una copa, y desembuchad.

Los dos agentes se sentaron tras haber visto la placa de identidad del

«G-Man

».

—Escuche, amigo —empezó ya más amablemente uno de los detectives—. Nosotros cumplimos con nuestro deber, y usted debe cumplir con el suyo.

—El mío es montar en motocicleta.

—Y decirnos por qué razón, en vez de acudir a la ley, quiso usted tomarse la venganza por su mano, matando a Thomas Willing —dijo con dureza uno de los agentes.

Pat Flagg asió la botella, pero no era para servir *whisky*. Su mano rodeaba el gollete...

Fergus Clay colocó la suya encima de la mano del «Trepidante».

—Cobran muy caro por un frasco de *whisky* roto, Flagg... si se rompe encima de la cabeza de un policía. Concreto, amigo —le dijo al agente que había acusado—. ¿Qué cargos hay contra mi amigo?

—A las dos mataron a Thomas Willing y...

—A esa hora roncaba yo desesperadamente. Y conste que accedo a aclarar ese punto, porque está presente un colega de ustedes.

—Es usted algo impulsivo, señor —reprochó uno de los agentes, y aunque sus palabras iban dirigidas al corredor, miró con reprobación al agente federal.

Fergus Clay intervino de nuevo.

—Habla, irlandés, y nos dejarán en paz. ¿Quién atestigua tus ronquidos?

—Cinco del «dirt-track». Dormimos en nave. Y como nos exigen antes de las carreras, dormir la noche entera, hay un vigilante en la

puerta delantera y otros repartidos como en un pensionado. De allí no sale ni un presidiario avezado a evasiones. O sea, que... ahuequen, amigos. No me divierte verles y quiero divertirme.

Fergus Clay se limitó a insinuar la lógica comprobación por los agentes, de la coartada presentada por Pat Flagg.

Al quedarse solos, Fergus Clay hizo unos comentarios ridiculizando los métodos policiales y Pat Flagg iba notando que se disipaba su mal humor.

—Tienes chispa, pistolero, cuando te decides a hablar.

Fergus Clay asintió modestamente, con lenta cabezada. Señaló con el mentón al resto de los concurrentes del «Zanzíbar».

—Como nosotros, han cenado y, como nosotros, llevan varias horas escuchando música. Pero hay una diferencia entre ellos y yo. Ellos pueden perder el tiempo y yo no.

La orquesta tocaba un *fox* lento, de suave y sensiblera cantinela. Por eso los disparos sonaron claros y perfectamente audibles.

Fergus Clay saltó en pie como un resorte distendido. Su ejercitado oído le orientó y, corriendo, atravesó el corredor, llegando a la puerta del despacho, que abrió de un puntapié, centrando en tromba.

Lanzóse al suelo, porque «Gorila» Frisco acababa de colocar un nuevo cargador y antes de desaparecer por la callejuela, barría el despacho a tiros.

Fergus Clay se puso en pie y corrió tras el *gangster*, saltando por encima del cadáver de Tina Corsi.

Dos nuevos disparos le hicieron parapetarse junto al quicio de la puertecita. Arrancó un motor, y cuando Fergus Clay, corriendo en zig-zag

, se lanzaba temerariamente a la callejuela, era ya una fracción de segundo tarde.

Sólo vio una esquina del portamaletas del coche que, pilotado por «Gorila» Frisco, tomaba el viraje a toda marcha.

—¡Aguárdeme en la esquina! —gritó a sus espaldas Pat Flagg.

Cuando vio llegar al irlandés montado en su bólico, el federal reconoció por vez primera que las motocicletas eran de su agrado.

—¡Cerdo... cerdo...! —mascullaba Flagg, mientras Clay saltaba al sillín posterior—. ¡Ha matado a Peter French!

La moto arrancó como si la hubiesen lanzado con una catapulta.

Pat Flagg guiábase por los silbatos policiales, con los que los guardianes y veladores del tráfico ordenaban inútilmente detenerse al coche conducido por el *gangster* de Chicago.

Sobre el asfalto rielante de luces, la moto coleaba pasando por entre los coches y trazando una estela petardeante. Fergus Clay mantenía su mentón apoyado en un hombro de Flagg, que, arqueado sobre el manillar, demostraba su maestría en aprovechar los mínimos resquicios para colarse por entre ellos a todo gas.

—¡Va hacia el Norte! —indicó Fergus Clay.

—¡Va al infierno! —replicó a gritos el «Trepidante».

La moto sorteó un camión que surgió, de pronto, en una esquina; el esguince fue tan brusco, que la moto se subió en la acera y por espacio de varios metros corrió por encima del bordillo.

Pat Flagg levantó el tren delantero y, rebotando sobre el asfalto, siguió tras la lejana lámpara-piloto que le servía de meta.

Los aullidos de la sirena de un coche-patrulla servían de retaguardia persecutora a los petardeos del tubo de escape de la motocicleta.

Fergus Clay, enlazado a la cintura del irlandés, agradeció la cercanía del puente colgante que conducía a la carretera libre. Pegó sus labios al oído del «Trepidante».

—¡Cuidado cuando le des alcance, Pat! El tipo zumbará y acompañaremos a tu amigo French.

—Yo conduzco. Tú disparas.

El puente de hierro reprodujo aumentado en cien ecos el huracán de acero que le cruzó. En el asfalto de la carretera, la motocicleta adquirió una marcha endiablada.

—No puedo disparar sobre este trasto, Pat. Sería inútil. ¡Dale todo el gas! Cuando te aparejes con su estribo, para en seco, tírate a una cuneta... y déjame maniobrar.

El coche de «Gorila» Frisco ladeábase en los virajes, y chirriando estrepitosamente volaba con su pedal pisado al máximo. Tras él, la moto iba ganando terreno. Tras la moto, un coche-patrulla policial hacía sonar incansablemente su sirena.

Fergus Clay vio cómo el tren posterior del coche, conducido expertamente por el *gangster*, iba aumentando progresivamente de tamaño.

—¡Pásale por la izquierda! Si sigues ese rumbo nos enfocará con

su artillería por la derecha. Varía de rumbo cuando llegues a su parachoques trasero.

Las palabras gritadas al oído del irlandés parecieron infundirle nuevos bríos.

—¡Prepárate, Fergus! —le anunció al federal—. Voy a meterme por la cuneta. ¡Agárrate fuerte!

La moto semejó que iba a incrustarse en el portamaletas del coche. Con feroz giro del manillar, colóse por la cuneta... Fergus Clay vio de refilón el rostro simiesco del *gangster*, tenso y descubriendo los dientes en mueca aviesa.

El

«G-Man

» abrió las piernas. La moto, saltando en la cuneta, emparejó en velocidad con el coche.

Fergus Clay avanzó el brazo izquierdo y lo apoyó en la manecilla de la puerta trasera del coche. Con temeraria decisión, el

«G-Man

» desprendióse de la cintura del irlandés y su pie izquierdo tanteó en el vacío hasta tocar el estribo.

Quedó suspendido a media altura. La moto, deslastrada repentinamente de un peso, adquirió su máxima potencia.

«Gorila» Frisco tendió el puño armado disparando contra el rostro de Fergus Clay, pero éste, tambaleándose, manteníase agachado. Quiso aferrarse con más seguridad, pero la manecilla giró y la portezuela, abriéndose, recibió en su acolchado, la descarga del *gangster*, que conducía con una sola mano.

El baquetazo de la puerta derribó a Fergus Clay, que rodó por el asfalto dando varias vueltas sobre sí mismo...

«Gorila» Frisco lanzó un gutural ronquido al ver aproximarse a su parabrisas el tronco de un árbol; giró el volante bruscamente y por milímetros esquivó el choque mortal.

Pat Flagg seguía pegado al estribo y, de pronto, con loca decisión, avanzó el radiador y entrando en la cinta asfaltada empleó el «bandeo». Fue imprimiendo a su máquina un vaivén en «ése» ocupando continuamente el ancho de la carretera.

El coche seguía su carrera y cuando el dorso de Pat Flagg le ofreció suficiente blanco, «Gorila» Frisco le apuntó cuidadosamente. Disparó dos veces, rompiendo los cristales del parabrisas.

Pisó a fondo el acelerador porque cada vez sonaba más cercana la sirena del coche-patrulla.

La moto de Pat dio unas sacudidas rechinantes; los puños crispados de Pat Flagg hacían maquinalmente su misión, pero el cerebro del irlandés empezaba a sombreadarse con los primeros velos de la muerte. La moto cayó atravesada en medio de la carretera.

Las ruedas delanteras del coche de «Gorila» Frisco chocaron con el armatoste derribado, patinaron y no pudo el *gangster* dominar el volante.

Resbaló lateralmente el automóvil, chocó de lado contra la valla metálica y, saltándola, se despeñó dando saltos.

«Gorila» Frisco soltó el volante al chocar el coche contra la valla y al surcar el aire el automóvil se lanzó por la abierta portezuela, hundiendo entre los hombros la cabeza y relajando todos sus músculos, convirtiéndose en una pelota que rebotó contra la hierba.

Fue rodando sin daño, deslizándose por la pendiente herbosa, hasta el fondo de la hondonada. Se puso en pie y corriendo se internó en la espesura.

Arriba, en la carretera, un violento frenazo indicó la detención del coche-patrulla. Dos policías, pistola en mano, bajaron por la pendiente, enfocando con la otra sus linternas hacia el coche destrozado.

Los otros dos policías, que habían recogido a Fergus Clay conmocionado, le reanimaban frotándole las sienes y la nuca. El federal abrió los ojos y su mirada se posó en el arrugado pelele cubierto por la moto retorcida e iluminado por los faros del coche-patrulla.

Fergus Clay arrodillóse y ayudado por un policía levantó la moto, quitándola de encima del cuerpo inerte de Pat Flagg.

El irlandés cabeceó en su agonía, como si pretendiera resistirse a que le separasen del amasijo de hierros.

—¡Maldito seas, «Trepidante»! —gritó Clay, abrazándolo y manteniendo la cabeza rota del corredor contra su pecho.

—La... última... la gané... lo pasé.

Por espacio de dos minutos, después de oír las postreras palabras del irlandés, Fergus Clay, arrodillado, mantuvo apretado contra su podio el cráneo ya sin vida.

Se puso en pie y los dos policías recogieron en sus brazos el

cadáver de Pat Flagg llevándolo a los asientos posteriores del coche-patrulla.

Con los ojos húmedos y contraída la boca en dura línea crispada, Fergus Clay se dirigió a la valla derribada y aguardó el regreso de los dos policías que habían ido al fondo de la barrancada.

—No hay rastro del que conducía, señor —dijo el sargento.

Era el mismo que había recibido de Ted Morris la orden de custodiar como escolta de ayuda al

«G-Man

».

—Huyó, señor.

Fergus Clay no replicó y encaminóse hacia el coche-patrulla, adosándose en el reborde de la portezuela.

El aparato de radio emisor, en el cuadro de mandos, tenía fosforescencias azules.

Manióbró y cogiendo el tubo-micrófono, examinó la contraseña escrita en relieve sobre el cuadro.

—¡Habla coche-patrulla

765-Z

!... ¡Habla coche-patrulla

765-Z

! Comunicamos huida de «Gorila» Frisco en radio de diez millas alrededor de la milla sesenta, carretera Norte. Huye a pie. Se le busca por los recientes asesinatos de Peter French, de Tina Corsi... y de Pat Flagg.

Tendió el tubo-micrófono al sargento, diciéndole:

—Repita el mensaje hasta quedarse afónico, sargento.

En el asiento posterior, Pat Flagg, con los ojos abiertos, miraba sin verla la parte inferior de la capota. Fergus Clay cerró los párpados del cadáver, murmurando:

—Nunca me gustaron las motos, Pat...

Rabiosamente hurgó bajo la solapa de su destrozada americana, que le pendía del flaco cuerpo en girones tras su caída del coche del *gangster*.

Quitóse un emblema de plata en forma de broche y lo colocó en la ensangrentada, camisa del corredor, prendiéndolo con el imperdible.

La placa-emblema decía en letras de oro:

«Servicios excepcionales».

—Es tuyo, Pat Flagg. Dicen que sólo hay seis ciudadanos en todo Norteamérica que posean este broche. Dicen también que significa la más alta recompensa al valor...

La diestra del

«G-Man

» acarició torpemente la frente rota del «Trepidante».

—¡Maldito seas, Pat Flagg! —gritó en repentina explosión colérica para encubrir las lágrimas que acudían a sus pupilas—. ¡Tuyo es el broche!

CAPÍTULO VII

Paseos en ascensor

«*Baby*» amenazó con el sonrosado índice a su acompañante.

—Es ya la segunda noche que me invitas a cenar, John. Voy a ser tu ruina.

John Smith sonrió en forma especial.

—Quizá serás mi ruina, «*Baby*». Pero en tu compañía me suicidaré a gusto.

—A veces tus ojos tienen color de pantano turbio, John. Por suerte tus lentes te dan también aspecto de médico para millonarias histéricas.

El «Melódico» cortó meticulosamente un pedazo de su *bisté* anegado en confitura de ciruelas. «*Baby*» secóse los labios declarando que para postre tomaría tan sólo el humo de un aromático «Chelsea». Pero también cogió del bolsillo del músico el periódico.

Exhaló una bocanada de humo leyendo las grandes titulares sensacionales:

«*EL “SILBADOR” MATA
AL INSPECTOR TED MORRIS.*

«*“GORILA” FRISCO ACRIBILLA
A PETER FRENCH Y A SU
NOVIA.*

«*EN LA PERSECUCION PERECE*

EL CAMPEON DE "DIRT-TRACK"».

«¿ES "GORILA" FRISCO EL
"SILBADOR"?».

—Ya no compro más novelas de crímenes, John, porque es lo que yo digo... Mientras ande suelto el «Gorila», los periódicos rezuman sangre. El «Gorila» debe decirse: «Tanto me asarán por una pestaña como por nueve». ¡Diablos! Cada vez que lo recuerdo me entra dentera.

John Smith alzó la vista de su plato.

—¿Le conoces personalmente?

—¡Diablos, no! Nada de eso. ¿Tanto gusto? Ni ganas. Es que me lo figuro, tan a lo vivo, que hasta creo haberlo tenido ante mis ojitos. En lo que no atino es por qué silba. ¿Vamos a jugar a las adivinanzas? Yo soy el «Silbador» y chiflo porque... pues, ¡no sé! ¿Por qué arrugará el hociquito?

John Smith apartó su plato y bebió un sorbo de leche fría.

—La policía resolverá estos enigmas. Entretengámonos nosotros en otras expansiones.

—«O. K», expansionémonos.

—Estoy cierto que el mejor fin de noche es la revista musical del «Ziegfield»; constituye el gran éxito del espectáculo mensual.

«Baby» accedió muy voluntariamente y en el primer entreacto, John Smith pidióle permiso para dejarla sola.

—Quiero intentar contratar a Roy Banks, el excéntrico musical de los primeros cuadros. Lo encontraré ahora en su camerino. Si tardo en regresar, excúsame.

Pero «Baby», aunque lo lamentaba íntimamente, tuvo que dejar de ver la reanudación del espectáculo.

Tenía que cumplir la misión, y la cuartilla escrita por Lord King y que quemó, tenía por consigna la orden de seguir siempre los pasos de John Smith sin ser vista y avisarle telefónicamente las visitas que hiciera.

Encaminóse hacia los camerinos y pudo ver cómo John Smith atravesaba el corredor sin detenerse, saliendo a la calle por la puerta del personal artístico.

Estremeciéndose de emoción imaginativa, se figuró

protagonizando el papel de una heroína de folletín cuando ordenó a un chófer de *taxi* que siguiera al que acababa de arrancar llevándose a John Smith.

Poco después, en un teléfono público frente al «Graham Building» marcaba los números del piso de Lord King.

—Hola, Grumpy. Estoy ya deseando regresar al «Ziegfield». ¿Dónde está el patrón?

En el auricular oyó la voz de su tía, llamando: «¡Señor!». Poco después una voz masculina hablaba:

—Lord King al aparato. Hola, «*Baby*».

—Buenas noches, patrón. Estaba yo en el «Ziegfield» con el clarinete y no entiendo la razón por la que me dijo...

—Acelera, «*Baby*».

—Pise en cuarta. Es excitante lo que ocurre: el «Melódico» ha vuelto a «enredarle». Dijo que iba a contratar a un excéntrico y acaba de entrar en el «Graham» donde no vive ni está el tal excéntrico. ¿Qué hago yo hora?

—Cumpliste, «*Baby*». Olvídate ya de Smith. No vayas más con él. Ya no me interesa.

—Pero a mí me interesa ver lo que queda de la revista del «Ziegfield». ¿Puedo, patrón?

—Naturalmente. Hasta mañana.

Baby regresó en el mismo *taxi* al teatro, porque la encantadora apostilla a las consignas de Lord King era «gastos pagados a mi cuenta».

Los cuadros finales eran casi siempre algo de ensueño, y su último pensamiento antes de olvidar a Lord King y a John Smith, sumiéndose en el escenario rutilante de esplendor, fue además del extraño interés que el músico despertaba en el *diletante*, recordar una de las frases escritas por Lord King; «... flirteando con Pat Flagg o Peter French no inducirás sospechas en John Smith, que es el que realmente me interesa, y del que seguirás todos sus pasos con disimulo, notificándome telefónicamente las visitas que él realice».

* * *

El empleado del turno de noche en uno de los ascensores del opulento «Graham Building» paró en el piso noveno, obedeciendo a

la señal luminosa del marcador eléctrico que le indicaba que en el rellano nueve alguien aguardaba.

Al abrir la puerta corredera no tuvo tiempo de percibir absolutamente, nada, porque un puño enguantado y bien dirigido se encajó en seco y preciso directo entre sus dos cejas.

El agresor simultaneó su puñetazo con un rápido avance al interior del ascensor, cuya puerta cerró, inclinóse sobre el derrumbado ascensorista y del bolsillo de su uniforme extrajo un pañuelo con el que confeccionó una mordaza que expertamente enmudeció al «noqueado». También, con su cinturón, le anudó sólidamente las muñecas.

Apoyóse sobre la palanca que empujó a fondo y el ascensor subió hasta su límite final. Allí abrió la puerta y cargando en brazos al desvanecido ascensorista lo depositó en un desván repleto de maletas, muebles viejos y cachivaches.

Regresó al ascensor y presionó la palanca estacionando el armatoste entre dos pisos. Era hora de tráfico casi nulo y sólo una vez, inútilmente, porque su llamada no fue atendida, se encendió el número veinte.

El improvisado ascensorista siguió fumando imperturbable. Limitóse a hacer correr la manilla que apagaba el cuadro eléctrico.

Abatió las solapas de su abrigo y colocóse el sombrero normalmente y el rostro de severos rasgos aplicados de John Smith, el «Melódico», fue el que miró al marcador eléctrico donde acababa de encenderse el número veinticuatro, correspondiente al rellano ocupado única y exclusivamente por las oficinas, centro de propaganda y habitaciones particulares de Sam Gold.

John Smith presionó la palanca y el ascensor empezó a descender...

Sam Gold entró rápidamente en el ascensor y, como siempre, ni siquiera miro hacia el lugar ocupado por el empleado.

De pronto, ya en marcha el ascensor, le sorprendió, haciéndole sobresaltarse, la conocida voz agradable del «Melódico» que le saludaba:

—Suenas noches, Gold.

—¿Qué hace usted aquí en el lugar del muchacho? —inquirió Gold estupefacto—. Extraña broma impropia de usted, Smith.

En silencio, John Smith detuvo el ascensor entre dos pisos.

—¿Ha bebido usted más dosis de la prudencial, «Melódico»? — Gruñó Gold irritado—. No le encuentro la menor chispa a este paseo nocturno en ascensor.

John Smith adosóse contra la columna de acero de la palanca, en el tabique opuesto al que se hallaba Gold, y frunció los labios avanzándolos levemente, mientras miraba, con fijeza al perplejo Sam Gold.

Al sonar los primeros compases de la «Danza Macabra», el más hondo de los estupores se barajó en la mente de Gold con un intenso y repentino pavor.

—¿Tú..., tú, el «Silbador»?... —Y de pronto rió en quejumbrosa carcajada de alivio—. Está usted bebido hasta las heces, Smith..., y esa nueva broma de pésimo mal gusto, sí que no se la perdonaré.

John Smith, inmutable, seguía silbando y en el estrecho recinto herméticamente cerrado, la música silbada resonaba metálicamente acerada, en lento aumento progresivo de intensidad.

Sam Gold crispó los puños adelantando un paso.

—¡Le ordeno que cese inmediatamente, estúpido! Mañana se arrepentirá.

Pero el músico, inmóvil, continuaba silbando a ritmo cada vez más veloz...

Exasperado, Sam Gold se abalanzó hacia la palanca del ascensor. Quiso evitar el puñetazo que le dirigía Smith, pero su gordura carecía de agilidad y alcanzado certeramente en la sien, desplomóse como un globo que se deshinchía.

Cuando abrió los pesados párpados, su propio abrigo abrochado le embutía con la misma eficacia que una camisa de fuerza, atadas las mangas vacías a sus espaldas contra el poste de la palanca e intentó vanamente sacar los brazos presos en el recio paño y maniatados con su bufanda en escorzo violento del cuerpo a sus tobillos, sobre los que se hallaba sentado dolorosamente.

John Smith, en pie ante él, sostenía en la diestra una automática provista de silenciador, cuyo tubo negro y en espirales apuntaba indolentemente hacia el suelo.

Sam Gold luchó con su desconcierto y la niebla cerebral resultante del recio puñetazo. Sentía un pánico que no acertaba a explicarse y que no atribuía solamente al arma amenazadora.

—Pero... ¿está usted loco, Smith? No le comprendo... ¿Qué

daño le he ocasionado yo para que...? ¡No le comprendo!

—Por esta misma razón es por la que te he reservado el tercer lugar. Para que comprendieras lo que Thomas Willing no supo y lo que Ted Morris sólo entrevió y sospechó. No sabíais con certeza qué personalidad encubría el «Silbador» y no podíais acudir a la policía, porque hubiera equivalido a confesar vuestro crimen contra Audrey Rowney. El crimen que os enriqueció. Y si no vuestra conciencia, vuestra subconsciente os gritaba: «¡Audrey! ¡Audrey Rowney!». Pero a Audrey Rowney lo habíais asesinado; su esposa quedó paralítica y con la razón apagada. Y el hijo también llamado Audrey había muerto en Europa, donde estudiaba en Oxford desde los quince años.

Los reflejos cristalinos de los lentes de John Smith parecían fascinar a Sam Gold, cuyos temblorosos labios intentaron en vano pronunciar palabras que no brotaron de su garganta.

—Yo mismo hice insertar en los periódicos la muerte de Audrey Rowney, *junior*, cuando llegué a Norteamérica. Cuando maté a Willing, desde su mismo despacho telefoneé a Ted Morris. Me limité a decirle una sola palabra: «Audrey». Bastaba..., porque estoy cierto de que en él operó el mismo miedo cerval que en ti ahora te produce el oírla.

Sam Gold pasóse la lengua por los resecaos labios. En John Smith se le figuraba ver una visión de ultratumba.

—Ted Morris no podía creer en un espectro que vuelve del Más Allá para vengarse —siguió diciendo el músico con lenta entonación monótona—. Indagó y averiguó que Helen Rowney seguía siendo una pobre mujer paralítica y con el cerebro debilitado para siempre. También tú fuiste a visitarla a su clínica. La enfermera que la asiste os confortó asegurando con científica frialdad que Helen Rowney era una muerta en vida. Y los dos os cerciorasteis de que era imposible físicamente que Helen Rowney fuera el «Silbador».

—¿Quién..., quién eres?

—¿Lo preguntas aún? —Y el «Melódico» rió brevemente con áspera rudeza—. El pánico ciega tu reflexión. Soy el hombre que a los diecisiete años de edad, siendo un muchacho estudiante rico y acostumbrado a todos los lujos, supo de pronto que su padre había muerto en accidente de automóvil y que estaba totalmente arruinado. Soy el hombre que en plena adolescencia recibió, a la

vez que la noticia de la muerte de su padre y su ruina financiera, la información también telegráfica de que su madre estaba internada en una clínica del Estado porque sufría una parálisis incurable y su cerebro había enloquecido. Soy el hombre que fregó platos, barrió tugurios y pasó hambre, frío y miseria en el Londres donde llegó rico y feliz. Soy Audrey Rowney.

Sam Gold gimió roncamente; no podía creer..., no quería creer lo que estaba oyendo.

—Los periódicos dijeron...

—Sí; dijeron que en Europa había muerto Audrey Rowney, *junior*. Yo mismo inserté esta información cuando percibí en mi madre en las visitas que le hice, raras incoherencias en que unía cuatro apellidos que pronunciaba horrorizada: Willing, Morris, Frisco y el tuyo. Decidí investigar y de momento me serví de la única habilidad que conseguí siendo componente de la orquesta universitaria de Oxford. Con el nombre de John Smith formé el conjunto, que pronto adquirió fama. Fui atando cabos: aparte Joe Frisco, que de chofer de Willing se convirtió en *gangster*, los otros tres os habíais enriquecido considerablemente desde la muerte «accidental» de mi padre. Y en un corto instante de lucidez total, mi madre me dio la clave final: tú, como íntimo que eras de mi padre, fuiste el proyector, el que planeó el infame *complot* en el que pereció mi padre. Y por esto, tú estás agonizando. Los otros sólo murieron una vez, pero tú morirás las cien muertes que el cobarde sufre antes de morir.

El tono lento e inexorable de Audrey Rowney fue creciendo en intensidad.

—El coche de Willing, conducido por Joe Frisco, llevando como único pasajero, a mi padre, se despeñó. Fue un accidente muy bien planeado y Joe Frisco supo saltar a tiempo y exageró concienzudamente las leves magulladuras que se produjo. Tú, por autor moral, eres el responsable también de los otros crímenes de esa bestia, ya que en él despertaste los instintos homicidas. Tú y Willing falsificasteis toda la contabilidad de mi padre, que pasaba a ser vuestro deudor por aun más de la copiosa, cantidad que constituía su entera fortuna.

—Todo eso... son acaloramientos suyos, Rowney. Ha prestado crédito a divagaciones... de su pobre madre... La investigación fue

clara y terminante.

—Sí; con la ayuda de tu tercer cómplice Ted Morris, simple policía entonces y que estaba sobornado por ti. Todo estaba en orden ante la justicia y a ella no podía yo acudir porque me habrían contestado lo mismo que acabas de decir: «que eran divagaciones de una pobre loca».

Rió Audrey Rowney de nuevo con dura aspereza.



—Vas a morir, Gold...

—Pero vosotros mismos os pillasteis los dedos en vuestra maquinación bien urdida. Lo acoplaste todo tan bien, que cuando Ted Morris te advirtió que el «Silbador» había telefoneado la palabra «Audrey», no podíais ir a la policía y remover fantasmas del pasado porque a la par hubierais tenido que revelar vuestro crimen. Y tú deseabas con ansia que fuera French o Flagg quien mató a

Willing por cuestión personal. Pero esta esperanza se te esfumó, Gold. Vas a morir, ¿sabes?

Sam Gold intentó una última tentativa de escapar a la muerte.

—Acompáñame a mis habitaciones, Rowney. No están mis criados... Los envié a mi casa de campo... Te daré todo cuanto poseo...

—John Smith gana lo suficiente para que Helen Rowney agonice rodeada de todas las comodidades. Vas a morir, Gold, ¿sabes?

—¡Escucha..., escúchame!... ¡No... dispares! ¿No quieres vengarte de Joe Frisco? El fue quien despeñó a tu padre...

—Él era y es una bestia criminal. Tú fuiste el cerebro que le desató sus torpes instintos. Vas a morir, Gold, ¿sabes?

—¡Óyeme...! Prisco está en mi piso. Me telefoneó al *Club* desde mi despacho. Me pidió dinero para huir al Canadá... Me aguarda...

—Y tú, el filantrópico Mecenaz, vas a darle dinero, ¿no? Eso es chantaje de Frisco, y miedo en ti. Vas a morir, Gold, ¿sabes?

—¡Toda..., toda mi fortuna! —bisbiseó agudamente Sam Gold, retorciéndose en angustiosa súplica—. ¡Todo mi dinero!

El «Melódico» alzó el cañón del arma que empuñaba. Empezó a silbar con desesperante lentitud la tétrica música... Los gritos de Sam Gold no se oían porque eran roncacos estertores a los que el pánico cervical confería una agonía total.

Por tres veces apretó Audrey Rowney sobre el gatillo; los tres sobresaltos de Sam Gold fueron los últimos respingos viales de su fofa anatomía.

Audrey Rowney presionó la palanca y detuvo el ascensor en el rellano del piso veinticuatro.

CAPÍTULO VIII

Audax y «Gorila» Frisco

Volteando el delgado bastón de ébano y «teka» irrompible entre sus dedos enguantados, Lord King descendió de su *roadster* «Auburn» y penetró en el laberíntico y vasto conjunto de vestíbulos del «Graham Building».

Plasmaba todas las características de un distinguidísimo y risueño «clubman» noctámbulo, vestido por el mejor sastre de Nueva York, dirigiéndose a una partida de *poker*.

Pulsó el timbre de un ascensor y al pasar un minuto sin que su llamada fuera atendida, lo supuso averiado y se encaminó hacia la puerta de otro.

Al empleado le indicó el piso veinte y luego subió sin prisas el resto de las escaleras hasta el piso veinticuatro.

Cuando estuvo frente a la puerta que daba entrada a las habitaciones particulares de Sam Gold, colocóse un antifaz y subióse las vueltas de su blanca bufanda de seda hasta cubrirse los labios. Acható el «clac»^[1], introduciéndolo en el bolsillo especial de su abrigo-capa.

Con la puntera del bastón empujó la puerta, pero inesperadamente la puerta no cedió. Estaba cerrada.

Extrajo de su chaleco una llave plana dotada de dientes con resortes y fue tanteando en la cerradura hasta, que la puerta se entreabrió.

El interior hallábase totalmente a oscuras. Aguardó unos instantes hasta que sus ojos se acostumbraron a la reinante penumbra silenciosa.

Al final del largo pasillo, bajo una puerta, brillaba una rendija de luz...

* * *

«Gorila» Frisco, mientras aguardaba la llegada de Sam Gold, decidió no perder el tiempo; se iría tomando un anticipo a cuenta.

Sirviéndose de un atizador de fuego como de palanqueta fue descerrajando todos los paños de los muebles y cajones que encontraba cerrados con llave.

Su escasa inteligencia tenía sin embargo un atisbo de lógica sensatez: lo que estaba cerrado era porque contenía algo valioso.

Media hora después todas las habitaciones presentaban el mismo aspecto: rebosaban de prendas revueltas y desparramadas por el suelo. Otras colgaban laciamente de los forzados cajones y armarios.

Y Joe Frisco amontonaba encima la mesa del despacho la selección que había hecho de los objetos que consideraba dignos de atención entre las pertenencias de Sam Gold: varios estuches con alfileres de corbata, cadenillas, gemelos, anillos y pitilleras.

Aprovechó una cartera de piel de cocodrilo con iniciales: «S. G.», en platino y rubíes, introduciendo en ella, hasta colmarlo, fajos de billetes que había hallado repartidos por distintos cajones.

Al abrirse suavemente la puerta del despacho rezongó amenazador:

—Ya era hora, Gold. Tú...

Velozmente se incorporó esgrimiendo la automática, pero el enmascarado que acababa de entrar hizo un raudo molinete y su bastón, como si fuera una negra aspa volante, vino a restallar contra la muñeca armada del pistolero.

El agudo dolor hizo soltar el arma a «Gorila» Prisco. Lord King saltó para recoger su bastón y el *gangster* lanzó un potente puñetazo, mientras se agachaba para recuperar su pistola.

Lord King, en felina esquivia, hurtóse a la acometida y se apoderó del bastón, pegando de nuevo un seco fustazo en la mano del *gangster* que iba ya a empuñar su caída pistola.

Joe Prisco, con un aullido de furor, saltó hacia a aquel inesperado visitante, pero tuvo que retroceder colérico y

desconcertado, casi desamparado.

Hasta entonces no conoció la eficacia invencible de un flexible bastón de inastillable «teka», manejado expertamente como espada y como fusta.

Si pretendía cogerlo o apartarlo con las manos, recibía en ellas un seco fustazo; si avanzaba, en el pecho y en el cuello sentía el violento conterazo que le hacía retroceder.

Alargó los poderosos brazos y de nuevo se le escapó el negro cilindro de madera, recibiendo en cambio un botonazo en el estómago, que le hizo inclinarse hacia adelante gimiendo de dolor.

Le enderezó el brusco contacto en su nuca del frío bastón, pegándole de plano; volvió a inclinarse al recibir en el pecho un impacto doloroso...

Exhausto, sintiendo calambres en todo el cuerpo y bailándole ante los ojos millares de estrellas fugaces y rojizas, Joe Prisco cayó al suelo, resoplando, perdido el vigor y sin resuello por los conterazos recibidos en la garganta.

—Los chinos curan por un procedimiento algo semejante —hablo el enmascarado con suavidad amable—. Ellos lo llaman «acupuntura» y yo lo llamaré lisa y llanamente «paliza» o vapuleo, como prefieras. No es en tu busca que vine a este piso, pero ya que el Azar me reservó tu poco agradable encuentro, he aprovechado la ocasión para aleccionarte. Te permitiste abofetear a una mujer delante mío, pitecántropo.

Desde el suelo Joe Prisco intentó arrastrarse disimuladamente hacia su arma, sin la que se encontraba desvalido.

Un recio bastonazo de refilón sobre la punta de sus dedos le hizo prorrumpir en un alarido de dolor.

—Otro eco de las cavernas como ése, pitecántropo, y tendré que abrirte el cráneo en dos porciones. Guarda el más respetuoso de los silencios. Observo que has aprovechado tu visita. Hay encima de la mesa joyas de hombre adinerado y de tu bolsillo ha caído una cartera repletísima, con iniciales que son las de Sam Gold. Quizás te deje la mitad del lote, si me informas amablemente sobre algo que deseo averiguar.

Inclinóse el enmascarado sobre el arrodillado *gangster*.

—Te asustaste infinitamente cuando Tina Corsi te habló del «Silbador». Cuéntame todo lo que sepas de la palabra «Audrey».

Repentinamente, quiso «Gorila» Frisco intentar el traidor ataque de los bajos fondos; su cabeza proyectóse como un ariete hacia el bajo vientre del enmascarado.

El bastón, que constituía su pesadilla, chocó de contera contra su frente y el brazo que lo esgrimía, tenía que ser de hierro, porque «Gorila» Frisco, pese a su impulsó, retrocedió a tumbos hacia atrás, yendo a caer sentado en un sillón.

—Perfecta posición la tuya, pitecántropo. Usaré tu expresión favorita: no muevas una pestaña o te aso —y Lord King recogió, rápidamente del suelo la pistola del *gangster*—. Elige: te vacío tu arma en el serrín o me dices lo qué sabes de la palabra «Audrey». Acelera, porque tengo prisa.

Ante el serpenteante bastón y contemplando el guante blanco que se cerraba apretadamente alrededor de la culata de su propia pistola, «Gorila» Frisco estaba totalmente acobardado.

Habló guturalmente, a regañadientes, y por lacónicas sacudidas:

—Yo era el chofer de Thomas Willing... Sam Gold me pagó un fajo de grandes para despeñar a Audrey Rowney... Él y Willing se quedaron con la plata del viejo Audrey... Ted Morris fue el que arregló el papeleo de jueces y «polis»... Audrey murió... Su hijo también...

En desesperada rebelión impetuosa lanzóse Frisco en un nuevo intento de derribar al enmascarado. Como un muelle de acero, Lord King saltó de costado y abatió contra la carotide del asesino el puño de marfil de su bastón.

«Gorila» Frisco, sin sentido, quedó arrellanado en el sillón qué acababa de abandonar.

Lord King dio inesperadamente otro salto, ocultándose tras la cortina que pendía junto a la puerta, su oído había captado el leve crujido de unos zapatos pisando cautelosamente.

Abrióse la puerta de golpe violento, y Audrey Rowney en el umbral disparó por tres veces consecutivas sobre el *gangster*, que, derrengado, parecía estar aguardando a alguien, cómodamente sentado.

—Contigo no vale la influencia musical, bestia —dijo el «Melódico» enfundando su arma—. Murió contigo, bestia, el «Silbador».

Audrey Rowney dio media vuelta y poco después dejaba de oírse

el leve crujido de sus zapatos.

Lord King salió de su escondrijo. Tecleábase suavemente la frente con el puño de su bastón y se detuvo unos instantes ante el cadáver del *gangster*.

—¿La silla eléctrica o la pistola de Audrey? Que más daba, ¿verdad, pitecántropo?

Dirigióse a la mesa, recogió todas las joyas, que fue colocando en los bolsillos interiores de su abrigo-capa, asimismo como la cartera.

Quitó el cargador de la pistola de «Gorila» Frisco y hurgando en los bolsillos del pistolero halló dos nuevos cargadores.

Hizo saltar todas las balas de los peines en su mano y con ellas fue dibujando primorosamente la palabra «AUDAX».

* * *

Al *roadster* «Auburn» subió un elegante caballero que, volteando negligentemente entre los enguantados dedos su bastón negro de puño de marfil, ladeado él «clac» y colgantes los extremos de su blanca bufanda, ofrecía todas las características del distinguido «clubman» dirigiéndose o regresando de una partida de *poker*.

* * *

«Baby», extasiada, contemplaba el apoteósico final de la revista y aplaudió ruidosamente, contribuyendo a que el telón se levantara repetidamente.

Extrañada y pronta a emplear su léxico más enérgico, miró al individuo que, surgiendo a su lado, la ayudaba, sin ser solicitado, a colocarle el «trois-quarts».

—¡Diablos! ¿Eres tú, John? Tardaste tanto en charlar con el excéntrico, que ya me supuse te habías olvidado de mí.

—Al parecer eras tú la que ya me había olvidado. Como fin de noche podemos ir a bailar un poco al «Week End Club». Unos pinares deliciosos y también por allí tengo una choza de campo confortable, con bar y discoteca.

—Tendré que advertírselo por teléfono a mi tía.

—¡Bah! ¿Para qué? Sólo dos horas: ir y volver.

«*Baby*» no insistió; al fin y al cabo una invitación de aquella clase a los consabidos paseos nocturnos en coche era lo natural en quien como el «Melódico» debía suponerla una consumada *firteadora*... y que a la vez ignoraba la poderosa defensa agresiva de sus largas uñas esmaltadas.

CAPÍTULO IX

La delincuencia artística

La carretera ascendía pintolescamente flanqueada por pinares, entre los que descollaban los rojos techos y las blancas fachadas de los pequeños edificios que constituían el club «Week End».

Multitud de senderos convergían a la carretera y por uno de ellos Audrey Rowney condujo el coche hasta detenerlo frente a un pórtico de colonial estructura.

—Todas parecen iguales —contestó «Baby»—. Sembradas por el mismo arquitecto a distancias igualmente discretas.

—Son los palacios de la gente de la clase media para sus fines de semana —arguyó el «Melódico»—. Construcciones de una sociedad por acciones y pagaderas a plazos. ¿No entras?

«Baby» señaló la iluminada cumbre de la colina hacia unas líneas de lucecitas paralelas al suelo y que semejaban un transatlántico viajando de noche.

—Allí hay música... y gente. ¿Por qué no vamos?

—Primero deseo hacerte los honores de mi choza. Supongo que no te asustará estar en mi solitaria compañía.

—¡Diablos, no! Nada tienes del intempestivo ser primitivo. Por cierto, ¿qué significa «intempestivo»? Mi patrón cita mucho esa palabreja.

Audrey Rowney miró con cierta lástima sincera a la encantadora muñeca, cuya vulgaridad al hablar era un especial encanto más.

Ella sentóse, tras prodigar alabanzas al rústico amueblaje «propriadamente como la sal en los huevos fritos».

Audrey Rowney preparó un cóctel que tendió a la muchacha.

Ella bebió un sorbo.

—¿Te gustó la revista? —inquirió el «Melódico».

—Despampanante.

—Entonces, ¿por qué pues no la viste entera?

La pregunta era casi un susurro, pero «*Baby*» sintió la proximidad de un peligro. Sonrió candorosamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué me seguiste cuando fui a matar a Ted Morris y por qué hoy me seguiste también cuando fui a matar a Sam Gold?

El resto del cóctel se derramó en el regazo de «*Baby*», profundamente asustada por el incongruente tono de imploración que alentaba en la voz del «Melódico».

—Yo no sé de lo que me hablas. Estás loco, John.

—Me llamo Audrey. Audrey Rowney. Puedes saberlo porque a nadie podrás repetírselo. Es horrible tener que matarte...

—¡Diablos! —gorjeó agudamente «*Baby*»—. Mañana, al sol, discutiremos el resto. Divagas, clarinete, y son divagaciones que me ponen la piel de gallina, porque las expones con un aire de sinceridad que asustaría a la estatua de la Temeridad si te oyera.

«*Baby*» dirigióse decididamente hacia la puerta, pero Audrey Rowney colocóse delante de ella interceptándole el paso.

—No puedes salir; no podrás ya salir. Murió esta noche el «Silbador» y tú a nadie podrás revelar que lo sabes.

—¡No lo sé, diablos! Yo no sé quién es... ¡¿Eh?! ¿Tú eres el «Silbador»?

«*Baby*» retrocedió como fascinada, examinando la diestra de Rowney donde relucía la negra automática.

—¡Muchacho, muchacho! —imploró angustiada—. ¡Que esas cosas se disparan cuando menos se piensa! Yo no sé nada, nada de nada. Yo creí que tú poseías cuadros o algo por el estilo...

Audrey Rowney sonrió con sincera tristeza.

—Créeme, «*Baby*». Tu muerte es necesaria.

«*Baby*» deglutió dificultosamente, avanzando las manos implorante.

—¿Crees... que... tengo miedo? —preguntó temblorosa. Y tras un instante de reflexión añadió convencida—: ¡Rediablos! Sí que lo tengo...

Y precipitadamente corrió a esconderse tras el piano que

ocupaba el centro de la sala.

—No quisiera, «Baby». Te lo afirmo: si yo fuera un hombre sólo huiría y te dejaría en vida. Pero tengo que velar por otro ser. Y por eso tengo que matarte.

En la puerta, silenciosamente, apareció un individuo enmascarado, vistiendo *frac*. Una bufanda de seda blanca arrollada alrededor de su boca veló la voz, que advirtió imperativamente:

—¡Manos al techo, Audrey Rowney!

Y el enmascarado apoyó la contera del bastón que empuñaba en la cintura del «Melódico», que se revolvió fiera y desesperadamente.

Un seco bastonazo le hizo saltar de la mano la pistola, varios bastonazos consecutivos le adosaron contra él piano.

Intentó Rowney luchar contra aquella extraña forma de ataque, pero varios punterazos en el cuello le quitaron la respiración haciéndola caer sentado encima del taburete.

—Todo tiene un límite, «Silbador» —habló suavemente el enmascarado, presentando la punta del bastón como quién maneja una espada en reposo—. Matar a esta señorita que asoma su linda naricita por encima del piano a tus espaldas sería un crimen que no puedo consentirte.

Audrey Rowney qué recuperándose de su desconcierto; trató de incorporarse, pero un leve bastonazo le hizo sentarse de nuevo.

—Es difícil tu situación, «Silbador». Substituiste a la justicia erigiéndote en verdugo de quienes merecían la muerte que les diste. Pero hay una sociedad que te reclamará cuentas por tus actos. Un nuevo crimen, por la sola ambición de no ser descubierto, te igualaría al propio «Gorila» Frisco.

—¿Quién eres tú?

—Estoy obligado a explicártelo. Yo soy «Audax».

Audrey Rowney sonrió con ligero alivio despreciativo.

—¿El que robó a Ted Morris, y el que dibujó con lápiz de labios la palabra «Audax» en la maqueta de Willing?

—El mismo. He notado en tu rostro cierta esperanza. Crees que soy un simple delincuente y que podrás comprar mi silencio. Te equivocas; no pienso delatarte. Y, en el fondo, tú eres el responsable de que exista ahora un tal «Audax».

«Baby» no abandonaba su refugio. Escuchaba absorta la voz velada del enmascarado, que proseguía:

—Cuando mataste a Thomas Willing, te oí telefonear una sola palabra: «Audrey». Eso y tu manera de anunciar la muerte silbando compases, me hizo apreciar toda la artística fibra de tu acto. Te ibas sin robar; no eras, pues, un vulgar ladrón. Un instinto de deber cívico me hizo pensar en facilitarle la labor a la policía, pero a la vez, por egoísta comodidad, quise evitarme las molestias de ser interrogado como testigo tardío, ya que llegué cuando ya habías disparado contra Thomas Willing. Cogí el lápiz de labios del decorado y empecé a escribir la palabra «Audrey». Escrita ya la primera sílaba, tuve un brusco arrepentimiento. Un hombre como el «Silbador» tenía que poseer sólidas razones para ejecutar aquel crimen. Y había algo entraño y bonito en tu telefonazo al inspector Ted Morris.

Audrey Rowney escuchaba atentamente y también vigilaba el bastón, cuya contera no se apartaba de una peligrosa distancia cercana.

—Mí temperamento artístico congeniaba con tu acción, Audrey Rowney —siguió diciendo Lord King—. No te comportabas como un vulgar asesino. Dejabas a tu sentenciado el tiempo de defenderse, puesto que te anunciabas con silbidos, sabedor que los desconcertarías, ya que ante lo inexplicable el hombre tarda en reaccionar si su cerebro es dado a la reflexión y no obra como una bestia impulsiva. Y trunqué la palabra Audrey, finalizándola en «AX». Su pronunciación equivale a «hacha». Pero no pensé en eso; pensé que soy un pedante que estudió latín. Y la audacia abre nuevos horizontes; vivir ligeramente al margen de la ley es una droga gustosa. Tú me has lanzado a la emoción de vivir audazmente... ¡Cuidado, «Silbador»! No podemos pelear, ya que hasta ahora hemos obrado el uno tras del otro.

—¿Qué pretendes? ¿Cuánto quieres por irte?

—Tú eres quien ha de irse, Rowney. Hay regiones en que vivirás tranquilamente, olvidando la tragedia que ensombreció tu vida. Australia. Canadá...

—¿Y ella? —señaló el músico a sus espaldas.

«Baby» agitó una mano en ademán pacificador.

—Yo no estoy; no he oído nada. No sé quién es el «Silbador» y esté enmascarado es un sueño de portada de «magazine». Cuando me lo propongo, soy la más razonable de las mujeres.

—Es absurdo lo que ella dice —murmuró Rowney—. Tan absurdo como su presencia aquí, enmascarado.

—Realidades son sin embargo mi presencia y las palabras que ella acaba de pronunciar. Acepta mi consejo, «Silbador». Vete al Canadá o a Australia... Mutuamente estamos en deuda. Tú al lanzarme a la vida de «Audax» me abriste horizontes emocionantes y productivos; yo, por esta consideración, no puedo ni quiero delatarte. Márchate, Audrey Rowney...

—¿Por qué no puedo quedarme? Si es cierto que no piensas delatarme...

—Podrías sentir la tentación de molestar a esa linda mujercita que nos contempla agradecida, porque está oyendo a lo vivo una escena de las que habitualmente gusta de leer.

Una voz en el sendero gritó:

—¡«Baby»!

Audrey Rowney púsose en pie de un salto, crispados los puños.

—¿No había delación, eh? ¡Y viene hacia aquí el federal ese llamado Fergus Clay!

—Azar inexplicable —murmuró Lord King.

No impidió que Audrey Rowney corriera hacia la ventana. El «Melódico», excitado, corrió hacia un armero que en la pared soportaba tres rifles.

—¡«Baby»! —repitió, fuera la voz de Fergus Clay.

Audrey Rowney apoyó en el antepecho de la ventana el cañón del rifle...

—¡Peligro, federal! —gritó «Baby».

Salvajemente Audrey Rowney hizo girar el cañón de su rifle hacia la muchacha, pero Lord King, de un bastonazo, desvió el acero y el disparo restalló contra la pared.

«Baby» hundióse de nuevo hacia el suelo, desapareciendo tras el piano.

—Si Fergus Clay viene a prenderte entiéndetelas con él —advirtió Lord King—. Pero a ella olvídala, «Silbador».

Una ráfaga de disparos tableteó contra el marco de la ventana y la voz de Fergus Clay avisó:

—Es peligroso jugar con armas de fuego...

Audrey Rowney hizo retroceder la cámara del rifle; tomó puntería... Un disparo de pistola dibujó chispas de luz en la

culata... y el «Melódico», de cuyas manos se escapó el rifle, corrió de nuevo hacia el armero.

Llegaba ya a él y se volvía con otro rifle en las manos, cuando saltando la ventana entraba Fergus Clay; quiso Audrey Rowney disparar, pero el federal apretó el gatillo...

Audrey Rowney vaciló, llevóse las manos al pecho y al sordo ruido del rifle cayendo le siguió el pesado desplomar de su cuerpo.

Fergus Clay ostentaba en su rostro habitualmente inexpresivo el mayor de los asombros.

—¡Vaya! —musitó creyéndose a solas—. Ese tipo tuvo un ataque de locura repentina. ¡«Baby»! ¿Dónde está usted?

De detrás del piano, pálida y sintiéndose próxima al desvanecimiento asomó la figura de la secretaria de Lord King.

—¡Día... blos! ¡Lo... ha matado! —bisbiseó, tragando saliva y señalando al tendido Audrey Rowney.

—Él o yo —explicó lacónicamente y con frialdad el federal—. Si no disparo antes, me elimina.

Quedóse de pronto inmóvil, estupefacto. Desde el suelo llegaban claramente a sus oídos los compases silbados lentamente por el moribundo.

Era la «Danza Macabra»...

Fergus Clay arrodillóse y alzó algo bruscamente la nuca del agonizante:

—¿Qué mala avispa le picó, John Smith? ¿Y por qué silba ahora esa condenada musiquilla?

Las facciones del «Melódico» se crisparon en mueca que era una triste sonrisa.

—¿No sabía... que yo era... el «Silbador»? Puedo confesarlo ya que me... voy. Maté a Willing, a Morris y a Sam Gold... porque ellos mataron a mi padre... Audrey Rowney... ¿No sabía... que yo era el «Silbador»?

—¡Que me aspen si vine a por el «Silbador»! —rezongó asombrado el

«G-Man

»—. Ya comprendo ahora por qué me recibió con salvas de pólvora. Lo siento, Audrey Rowney.

El «Melódico» cerró los párpados, estremeciéndose y frunció de nuevo los labios... Históricamente, la reacción se presentó en

«Baby», que empezó a sollozar, mientras los últimos compases de la «Danza Macabra» se truncaban repentinamente y la muerte se enseñoreaba de Audrey Rowney.

Levantóse Fergus Clay sacudiéndose las rodilleras. Habló con profesional frialdad:

—¿Qué hacía usted aquí con el «Silbador», «Baby»?

Ella, chispeantes las ojos, avanzó un paso.

—¿Y usted... por qué vino a matar a ese infeliz?

—Yo vine porque su tía de usted me dijo que no le gustaba que usted viniera a solas con John Smith a esos parajes. Ella y yo fuimos al final de la revista del «Ziegfield», y les seguimos hasta que el coche del «Melódico» entró en este sendero. Cuando pasó media hora, su tía me rogó viniera a buscarla. Eso es todo. Ahora le toca hablar a usted. ¿Qué pasó aquí dentro?

—Me dio un cóctel y de pronto dijo que tenía que matarme, porque él era el «Silbador» y se creía que yo lo sabía. Yo... yo no lo sabía.

La sinceridad rebosaba en las facciones de la muchacha. Fergus Clay sonrió, inconscientemente cruel.

—Curioso. Esos tipos, cuando se meten a asesinos, pierden los nervios y creen que todo el mundo conoce sus andanzas. Ya ve: vengo para evitarle el peligro de caer en trampas de conquistador... y cazamos al «Silbador», porque él mismo se delata. Bien, ¿no pasó nada más?

—No. Cogió él un rifle y... yo pude desviar el primer disparo. Después, como usted efectuó tiro de batería, Audrey Rowney tuvo que atenderle a usted, lo cual celebro por mí y lamento por él.

—¿Acaso hubiese usted querido que él me taladrase, muñeca?

«Baby» miró sonriente en medio de sus lágrimas de nerviosismo la puerta posterior por la que había desaparecido oportunamente el enmascarado, segundos antes del salto de Fergus Clay.

—Lo que yo quiero, arrogante pistolero, es que me lleve usted a cualquier sitio muy lejos de aquí. Por ejemplo, cerca de mi tía, que ella ni silba ni dispara.

CAPÍTULO X

La señora Rowney

Helen Rowney no daba mucho quehacer a su enfermera. Sumida perpetuamente en una sonriente inconsciencia, asentía débilmente a cuanto se lo decía.

Paseaba por el jardín de la clínica, en su carrito de ruedas empujado por la enfermera cuando un elegante individuo de risueño semblante, que llevaba en la zurda un ramillete de orquídeas, se detuvo ante ella quitándose el sombrero.

—Tengo el honor de saludarla, señora Rowney. Mi nombre es Lord King.

La envejecida inválida asintió sonriendo amablemente.

—Audrey se ha marchado lejos, ¿sabe, señora Rowney?

Ella volvió a asentir con sonrisa ausente.

—¿Lo echará muy de menos, señora Rowney?

Tras ella, la enfermera llevóse compasivamente un índice al cerebro.

—Audrey... murió —dijo ella mansamente, cabeceando—. Muchos... muchos años...

Depositó Lord King en el regazo de la paralítica el ramo de orquídeas. Ella sonrió dulcemente, balanceando su cabeza canosa.

—Gracias, caballero. Me gustan las flores... mucho... mucho...

Lord King cogió la diestra inmóvil de la anciana y la besó.

—De vez en cuando vendré a visitarla, señora Rowney, si me lo permite. Buenos días.

Se había ido Lord King, cuando Helen Rowney preguntó a la enfermera:

- ¿Quién es ese caballero?
—El señor Lord King.
—Es bueno..., muy bueno. Mucho mucho...

* * *

El director, de la clínica examinó la tarjeta de su visitante.

—Siéntese, señor King. ¿Qué se le ofrece?

—¿Puede informarme en qué situación queda la señora Helen Rowney?

—Es lastimoso. Pero con la muerte del que conocíamos por John Smith tendrá ella que volver a un hospital gratuito. Él era quien pagaba mensualmente su hospitalidad aquí.

—Escuche, director. Yo soy un *diletante* que verifico operaciones productivas en el terreno artístico. Tengo la superstición de todo jugador y se me ha antojado considerar que una obra benéfica produce íntimo agrado. Elijo como mascota a la pobre señora Rowney. ¿Cuántos años de vida calcula usted que le quedan a esta señora?

—Extraña pregunta, señor King. Tanto puede vivir cinco como diez años.



—*Siéntese, señor King. ¿Que se le ofrece?*

—Mi pregunta obedece a la simple necesidad de saber en cuánto tasaría usted un seguro vitalicio de permanencia en su clínica de la señora Rowney, para que ella, hasta su muerte, viva rodeada de las comodidades que su hijo para ella deseó.

El director hizo unos cálculos y tendió a Lord King el resultado.

—Quince mil dólares —leyó Lord King—. Extienda el seguro.

Sacó de su bolsillo un carnet de cheques y escribió en él la cifra de quince mil.

—Gracias en nombre de la señora Rowney —dijo el director poniéndose en pie y estrechando la mano de «Audax»—. Créame, señor King, obras como ésta merecen toda clase de suertes para quien las ejerce.

—La suerte es un factor decisivo en la vida. Muy buenos días.

Instantes después apeábase Lord King frente a una floristería de lujo. La dependienta sonrió al oír la pregunta.

—¿Un ramillete diario a la clínica de la avenida 65 para la señora Helen Rowney? ¿Qué flores, señor?

—Las apropiadas para una señora anciana que vive infantilmente. Pasen la cuenta a esta dirección.

Dejó Lord King su tarjeta y volvió a subir al *roadster* «Auburn».

Durante unos minutos condujo por entre el tráfico de Nueva York. Se detuvo en un parque de estacionamiento.

Extrajo una libreta y su lapicero de oro.

«Contribución Ted Morris —escribió—. Diamantes tasados en veinte mil dolares. Contribución Sam Gold-Gorila Prisco: Joyas y efectivo por valor de treinta mil dolares».

Trazo una línea y escribió:

«Cumplido el deseo del “Silbador”. Coste: Veinte mil dolares».

Arrancó la página escrita, prendió fuego en ella con la llama de su mechero y encendió un cigarrillo.



—¿Que opina usted de los antifaces?

—Es la dualidad del ente humano. Aquietar los escrúpulos alterados con una acción que reconforta el ánimo.

Pisó el acelerador y se dirigió a su piso.

—... también me dijo el señor que te vio en el «Ziegfield» salir acompañada de John... de Audrey Rowney —explicó Grumpy.

—¡Diablos! Pues podía él haber venido a rescatarme de las zarpas del pobrecito «Silbador» —dijo «Baby»—. Por cierto, Grumpy: ahora que tu adorador se ha ido de nuevo a su Chicago a perseguir a dinamiteros como él, tendrás tiempo para pensar. ¿No es extraño el interés que tenía el patrón por John Smith?

—Las cosas que el señor hace o nos ordena hacer, querida, no nos tienen que hacer pensar... ni a ti ni a mí.

—¿Discreción, eh? Yo soy la más discreta de las discretas.

—¿Por vocación o por inteligente deseo de seguir percibiendo el mayor tiempo posible tu crecido sueldo?

—¡Diablos! Dirás nuestro crecido sueldo. El timbre, tía. ¿Quién abre? ¿Tú o yo?

Pero la puerta se abrió por sí misma y entró Lord King, que cerró tras sí.

—Buenos días. El timbre era aviso por si estabais hablando de mí: me pareció oír la palabra discreción. Por cierto, «Baby», tus declaraciones a la prensa han sido muy sensatas.

—¡Ah! Fueron sensatas porque no quise citar algo que ocurrió y que aun no creo. Figúrese, patrón, que intervino un ser misterioso, que manejaba un bastón como ese que usted lleva, pero mucho más prácticamente. Algo así como un caballero de capa y espada al ritmo de «hot»...

—Suenan a uno de esos relatos truculentos que tanto te gustan, «Baby» —dijo risueño Lord King.

—Es cierto. Y hablando de relatos, patrón, ¿qué opina usted de los antifaces?

—No me he detenido a estudiar esos adminículos.

—Verá, es que yo digo que es absurdo creer que un antifaz encubre la personalidad. Porque por los agujeros se ve claramente el color de las pupilas... Yo, si fuera a emplear algo y para que no me conocieran...

—Tendrías que callar y dejar en paz a los diablos...

—Cierto, patrón. Pero usaría unas gafas negras de esas plegables de aviador. ¿Sabe por qué? Si la policía me pescara con un antifaz,

mal negocio para explicar su posesión... En cambio; unas gafas ocultan el color de las pupilas y son un adminículo honesto. ¡Diablos! Fijamente, ¿qué significa esa palabreja de «adminículo»?

—Te compré un diccionario, «*Baby*» —recordó Lord King amablemente—. Te quedaste sin tu admirador, Grumpy. ¿Os puedo invitar a ambas al cine? ¿Qué película quieres ir a ver, «*Baby*»?

—Cualquiera, patrón... Cualquiera en la que nadie silbe.





Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Sombrero de copa plegable. < <